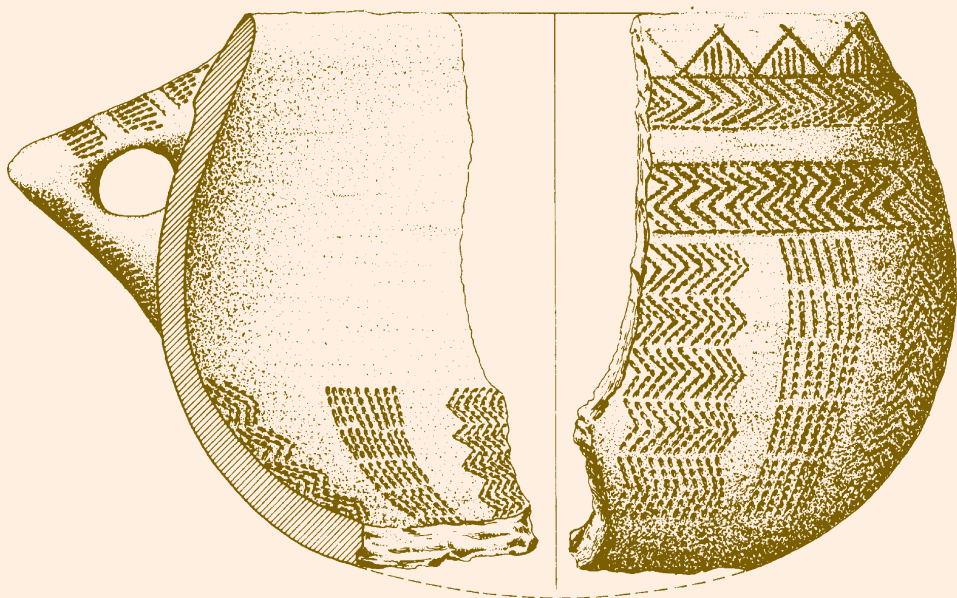


Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas



Anejo de la revista *Lucentvm*
Universidad de Alicante

Este libro ha contado para su edición con la ayuda de la Consellería de Cultura de la Generalitat Valenciana y de la Diputación Provincial de Alicante.

Edita:

Secretariado de Publicaciones Universidad de Alicante

Portada:

Enrique (Gabinete de Prensa. Universidad de Alicante)

Imprime:

Gráficas Ciudad, S.A. - Alcoy

ISBN: 84-600-3906-4

Depósito Legal: A-317-1985

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Estos créditos pertenecen a la edición impresa de la obra.

Edición electrónica:



**ARQUEOLOGÍA
DEL PAÍS VALENCIANO:**

Panorama y perspectivas

Lorenzo Abad Casal

**Arqueología romana del País Valenciano:
Panorama y perspectivas**

Índice

Portada

Créditos

Arqueología romana del País Valenciano

Panorama y perspectivas

<i>Lorenzo Abad Casal</i>	5
1. Planteamiento histórico	5
2. Panorama actual	14
3. Conclusiones y perspectivas	122
Bibliografía	127

Lorenzo Abad Casal
Universidad de Alicante

Arqueología romana del País Valenciano: Panorama y perspectivas

1. Planteamiento histórico

La etapa romana de la historia del País Valenciano –como la de tantos otros lugares– es bastante mal conocida y comprendida por el estudioso en general e incluso por el arqueólogo no especializado. La idea de que en arqueología romana todo está hecho y de que lo romano es esencialmente monótono y repetitivo se ha abierto paso entre muchos investigadores, que consideran que este campo de estudio está prácticamente agotado y que en todas partes puede aplicarse el mismo esquema general, de manera que las arqueologías romanas de los diferentes países no serían sino casos particulares de la arqueología romana ge-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

neral. Y sin embargo, cualquier investigación sería nos revela que este aserto es rigurosamente falso. Es cierto que las líneas básicas de una romanización teórica siguen unos caminos ya bien estudiados y conocidos, pero no lo es menos que tan pronto como se desciende al terreno de lo real y concreto, los caminos se diversifican y por todas partes surgen problemas, se abren vacíos y aparecen hechos constatados que matizan o contradicen la teoría general. Pisamos terreno enormemente resbaladizo, con hitos demasiado alejados o tambaleantes como para poder construir un sólido armazón científico.

Esto ocurre en cualquier ámbito geográfico y en casi todos los temas relacionados con la Romanización. No ha de permanecer ajeno a ello, pues, el área geográfica objeto de estas Jornadas. La arqueología romana del País Valenciano, bastante más rica de lo que a primera vista se podría suponer, es, junto con la medieval, la que menos estudios ha producido y la que menos interés despierta en el conjunto de estudiosos y aficionados. Si en el caso de la arqueología medieval ello puede hasta cierto punto justificarse, por el carácter relativamente novedoso de esta ciencia, parece del todo inexplicable en el primer caso, pues se trata de una ciencia de larga tradición, que remonta en último término al Renacimiento y

que en siglos pasados contó en el País Valenciano con grandes y destacados cultivadores.

Las causas de esta situación son, sin embargo, fáciles de identificar. En primer lugar, la propia crisis en que vivimos, que hace que la atención de todos –estudiantes, profesores, investigadores, personas interesadas en general– se oriente hacia las etapas de la historia más oscuras y críticas, dejando un tanto de lado aquellas otras que, al menos en apariencia, están bastante mejor conocidas. Pero, dentro de este marco general, el estado de la arqueología romana es en el País Valenciano de aún mayor penuria, por una serie de causas adicionales. En primer lugar, por la propia naturaleza de los restos conservados, puesto que es mucho más fácil hallar en las excursiones campestres testimonios de la Edad del Bronce e ibéricos que romanos, ya que éstos, o bien se encuentran soterrados bajo densas capas de sedimentos en nuestras ciudades modernas, o bien se concentran en ricas tierras agrícolas cuya prospección sistemática es sumamente difícil. Muy pocos restos tienen, además, la suficiente entidad como para atraer de inmediato la atención del espectador, y su relativa pobreza –si los comparamos con otras áreas de la Península, mucho más ricas– hace que se las estime en menos de lo que realmente valen. Nos encontra-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

mos, pues, dentro de un círculo vicioso; sólo espectaculares hallazgos (casas, mosaicos, termas, esculturas) podrán despertar la conciencia dormida; pero ésta impide que se disponga de los medios y las personas necesarias para lograrlos.

Esta sucesión hallazgos-interés-nuevos hallazgos se produjo hace ya muchos años en el terreno de las antigüedades ibéricas. Los espectaculares hallazgos de Covalta, Bastida, Liria, etc., descubrieron insospechados campos de trabajo y abrieron los ojos a sucesivas generaciones de arqueólogos que dedicaron su tiempo y su esfuerzo al estudio de la cultura ibérica. Consecuencia de aquellos grandes descubrimientos fue la consolidación y definitivo asentamiento del organismo que durante varias décadas ha llevado sobre sí el peso de la mayor parte de la investigación arqueológica en el País Valenciano: el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia. Influidos por las circunstancias de su nacimiento, el SIP ha dedicado la mayor parte de sus esfuerzos al estudio de la cultura ibérica, ampliando su campo de trabajo hacia donde esta cultura mostraba sus mayores relaciones: la Prehistoria. El aglutinamiento de la mayor parte de los arqueólogos valencianos en torno al SIP ha hecho que sean los estudios prehistóricos e ibéricos los que hayan gozado de mayor atención.

El vacío dejado por el SIP en el campo de la arqueología romana ha sido llenado parcialmente por el otro centro señero de la investigación arqueológica valenciana: el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia. Pero la penuria de medios que desgraciadamente es inherente a la Universidad, y la propia atracción ejercida por los estudios pre- y protohistóricos, ha limitado la arqueología romana a una serie de trabajos puntuales y concretos, del mayor interés, pero que no permiten aún articular un amplio cuerpo de conocimientos como en la arqueología ibérica. Tanto más de lamentar es de este modo que los pocos trabajos amplios y abarcadores de numerosos aspectos, como el del profesor Tarradell, no hayan visto aún la luz.

La arqueología romana del País Valenciano necesita, pues, urgentemente una renovada atención. Sólo muy recientemente ha comenzado a prestarse a Sagunto la atención que merece, tras decenios de secular abandono, con los trabajos de F. Beltrán sobre la epigrafía (1980), M. Beltrán sobre el teatro (1982) y M. Olcina sobre su urbanística y arquitectura (Memoria de Licenciatura en curso de realización en la Universidad de Valencia), y no es raro que para estudiar monumentos de primer orden aún existentes haya que acudir a grabados del siglo XVIII. Si se observan los mapas genera-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

les de distribución de villas, mosaicos, esculturas, etc., el País Valenciano es siempre de los que menos testimonios muestra y, en ciertos casos, la mayoría corresponden a excavaciones muy antiguas, algunas de hace más de un siglo. Aunque seamos conscientes de que no podemos esperar aquí un nivel general de romanización y riqueza comparable al de la Bética o el Valle del Ebro, no nos resignamos a creer que la romanización del País Valenciano, o lo que es lo mismo, la romanización de una cultura tan avanzada como la ibérica levantina, esté al mismo nivel que otras zonas que sabemos por las fuentes y por la arqueología que apenas se romanizaron. Si profundizamos en la arqueología romana valenciana, vemos que faltan excavaciones de ciudades y de villas y estudios detallados sobre casi cualquier tema. Las únicas visiones de conjunto, englobadas en trabajos más amplios, son las de escultura (GARCÍA y BELLIDO, 1949), cerámica (MEZQUÍRIZ, 1961) y pintura (ABAD, 1983), obras ya muy antiguas o incompletas, por haberse elaborado lejos del País Valenciano.

La potenciación de los estudios romanos en el País Valenciano no haría sino añadir un escalón a la ya larga serie de autores que han tratado de dichas antigüedades. Desde J.V. del Olmo, que en 1655 publicó un estudio sobre

una serie de inscripciones valentinas, han sido muchos los autores que a lo largo de los siglos han ido desbrozando el camino. Así, en el siglo XVIII, J.A. Mayans (1771), que, tal vez siguiendo las ideas de su hermano Gregorio, espíritu crítico dieciochesco justamente valorado por A. Mestre, redujo con rigor la Ilici clásica a la Alcudia de Elche; el arzobispo Mayoral, creador del primer museo de antigüedades valenciano, cuya colección fue desmembrada y saqueada durante la Guerra de la Independencia; A.J. de Cavanilles (1797), cuya obra, pese a ser la de un naturalista y no la de un anticuario, es un prodigio de observación arqueológica; y Antonio Valcárcel de Saboya, más conocido por sus títulos de Conde de Lumiares y Príncipe Pío, autor de varias publicaciones sobre sus excavaciones en el Tossal de Manises (1780) y sobre las antigüedades romanas del País Valenciano (1852), que aún hoy constituyen una cantera inagotable de información. Otros autores hubo que no tuvieron la suerte de ver impresas sus obras, por lo que han sido menos conocidos; entre ellos, M. Palau, que, en su *Diana desenterrada* da noticias de primer orden sobre la Denia antigua, y que ha visto la luz muy recientemente (1975), o el canónigo Montesinos, cuya voluminosa obra manuscrita sobre las antigüedades de los pueblos del obispado de Orihuela,

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

sólo en parte conservada, peca sin embargo de exceso de imaginación y de fantasía.

El siglo XIX vio asimismo loables intentos de organización y alumbró a notables personalidades. La Sociedad Arqueológica Valenciana, aunque centrada principalmente en los estudios de la entonces naciente prehistoria por una parte, y el canónigo Roque Chabás por otra, son sus principales representantes. La revista *El Archivo*, de la que fue artífice, puede resistir perfectamente la comparación, a nivel local, con cualquiera de las principales revistas científicas españolas de su tiempo. No pueden tampoco ser relegados al olvido autores como Chabret, cuya obra sobre Sagunto (1888) es aún hoy de obligada lectura y consulta, o A. Ibarra, cuya *Illici* (1879) es una muestra palpable de cuán beneficiosa puede ser una larga estancia en el extranjero para quien tenga la ocasión y sepa aprovecharla.

En el siglo XX, una serie de investigadores a nivel provincial local o nacional, han contribuido con sus trabajos a mantener viva la llama de la arqueología clásica. A los nombres ya citados con anterioridad, hemos de añadir los de los que desde hace años desarrollan su labor en los distintos centros de investigación y los de aquellos otros más jóvenes que ahora se incorporan a los equipos de trabajo en Valencia,

Castellón y Alicante. De todos ellos haremos repetida mención en las páginas que siguen, lo que nos exime aquí de citar nombres. En sus manos, y en las de los organismos oficiales valencianos, se encuentra el futuro de nuestra arqueología romana.

No queremos acabar esta relación preliminar sin referirnos antes a la excelente síntesis que sobre la romanización del País Valenciano ha realizado en el tomo II de *Nuestra Historia E*, Llobregat (1981). La presentación exhaustiva de materiales y las hipótesis allí mantenidas son una constante invitación a profundizar en la investigación y a intentar obtener el máximo partido de una serie de objetos que, en su mayor parte, o no han sido nunca seriamente estudiados o lo fueron en tiempos antiguos y están clamando por una revisión. En las páginas que siguen realizaremos una rápida panorámica del estado actual de nuestra arqueología romana, sin intentar el estudio exhaustivo de sus monumentos ni ofrecer soluciones concretas para muchos de sus problemas, pues ello desbordaría los límites de una ponencia y tendría que ser el resultado de un largo proceso de investigación que apenas ha comenzado.

2. Panorama actual

2. 1. *El proceso romanizador*

El mecanismo teórico de la Romanización es muy conocido, y a fuer de repetido no consideramos necesario exponerlo aquí. Pero el proceso romanizador varía sustancialmente de un lugar a otro, y su estudio no ha de reducirse a una mera enumeración de materiales romanos, sino que ha de ser consecuencia directa de una amplia serie de trabajos previos: estudio de las culturas anteriores y de su pervivencia en época romana; cronología y significado de los objetos propiamente romanos; distribución y emplazamiento de los yacimientos romanos, tanto urbanos como rurales; su relación con los indígenas; análisis de los textos literarios y epigráficos y de la circulación monetaria. Muchos de estos aspectos están recogidos en otras ponencias, por lo que lógicamente no entraremos en su examen, pero ha de quedar claro que cualquier intento de estudio serio sobre el mecanismo de la romanización ha de realizarse tomando en consideración todos estos parámetros y ha de ser posterior al estudio monográfico y exhaustivo de todos y cada uno de ellos. Sólo entonces podremos tener una cierta garantía de que no nos limitaremos a repetir tópicos o a lucubrar sobre bases poco firmes.

Varios libros recientes (*Hellenismus in Mittelitalien*, Göttingen, 1976; *Thèmes de recherche sur les villes romaines d'Occident*, París, 1977, *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien*, Madrid, 1976, reúnen un conjunto de estudios especialmente ilustrativos en este aspecto. Se demuestra claramente que no hay uniformidad en el proceso romanizador y que su difusión es esencialmente urbana. Se trata de un proceso lento, y el propio Estrabón nos dice que, incluso en Italia, hay muchas ciudades que no merecen llamarse así (V, 2; 3; 4), ya que por su extensión y condiciones de vida están lejos de lo que debía entenderse por este nombre. En estas regiones semiurbanizadas se fundan a partir de la mitad del siglo II a.C., y sobre todo a partir de la guerra de los aliados, nuevas colonias, algunas de ellas confiriendo la ciudadanía a los mismos habitantes anteriores (*non novis colonis eas constituit, sed veteribus incolis manentibus ius dedit Latii* según se indica en algunas fuentes a propósito de Pompeyo Estrabón en la Transpadania en el año 83 a.C.; cf. Galsterer, 1976, 328), y se emprende un amplio programa de “municipalización” en el doble sentido, geográfico y jurídico, propuesto por esta misma autora (1976, 330). Los autores difieren sobre el grado de espontaneidad o imposición de dicho proceso, pero la semejanza de disposiciones en leyes municipales de ciudades

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

muy alejadas parece indicar que en el siglo I a.C. se deja traslucir la voluntad de lograr una cierta homogeneización de este proceso (GALSTERER, op. cit.; GABBA, 1976, 455 ss).

En Italia la romanización afectó a un mosaico de pueblos muy amplio y diverso, alguno de los cuales opuso fuerte resistencia. Pero la asimilación fue rápida y conocemos el caso de un toscano que fue cónsul en 322 a.C., sólo dos generaciones después del sometimiento de su ciudad (BRUNT, 1976, 161 ss). Algo similar debió ocurrir en las demás provincias, en las que puede estudiarse, a veces, la romanización de la estructura urbana prerromana; así, en la Galia meridional, las ciudades de época romana muestran una clara continuidad con sus antecesoras ibéricas; las casas continúan siendo del tipo galo tradicional, de una sola planta, con patio rectangular, habitaciones reducidas, apertura en forma de galería, etc., en tanto en la Provenza se impone el tipo clásico romano con atrio y peristilo. Tras la conquista, siguen existiendo los hábitats y fortificaciones indígenas característicos, que alcanzan el momento de máximo esplendor entre los años 70 y 30 a.C., aunque presentan ya vestigios de romanización en su estructura urbana. A partir de Augusto se abandonan muchos *oppida*, sobre todo los elevados, en fun-

ción de cambios en el comercio, la política y la economía (BARRUOL, 1976, 389 ss).

En Inglaterra, la conquista modifica sensiblemente la distribución urbana anterior, pues las nuevas ciudades surgen a partir de asentamientos militares fundados sobre terreno virgen (RIVET, 1967, 161 ss). Al norte de los Alpes, un mismo tipo de hábitat muestra una evolución diferente según se trate de zonas conquistadas por Roma o que continúen siendo libres; los oppida célticos perviven hasta la Edad Media en estas últimas, en tanto desaparecen en aquéllas, lo más tarde en el siglo I a.C. (DEHN, 1977, 147 ss).

Esta romanización se hace patente también en otros muchos aspectos, como el de la lengua y la religión. En un primer momento, coexisten los sistemas de escrituras locales con el latín, se mantienen los nombres indígenas e incluso los dioses antiguos reciben culto en los mismos santuarios que los nuevos. Esto ocurre en la Galia (BARRUOL, OP. cit.), norte de Africa (BERBABOU, 1976, 367 33) y, en general, en todo el mundo romano (JONES, 1964, 981 ss).

Mucho se ha escrito sobre la romanización de la Península Ibérica, aunque en éste como en otros tantos temas sea muy difícil generalizar. Aquí más que nunca hay que tener en

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

cuenta el substrato sobre el que incidirán la conquista y la posterior colonización romana, ya que el proceso romanizador varía según el nivel cultural del territorio que se vaya a considerar. Con razón indica M. Bendala (1981, 33 ss) que la romanización de la Bética fue tan rápida como indican las fuentes y testimonia la arqueología –al menos en lo que se refiere a las grandes urbes– porque esta provincia ya disfrutaba de un alto grado de helenización, de tal manera que Roma fue pronto aceptada como portadora de otra faceta de la misma cultura, en su origen, helénica. Aunque esta idea requiere aún su correspondiente comprobación arqueológica, es conveniente tenerla en cuenta, porque permite explicar algunos hechos como la continuidad de la vida en las grandes ciudades de la Bética, que apenas experimentan cambios en su estructura urbana en un primer momento (BLANCO y CORZO, 1976, 160 ss). Parece incluso que la propia estructura ortogonal es anterior en alguna de ellas a la llegada de los romanos.

Los estudios de la romanización de la Península Ibérica son parciales e incompletos. Se limitan a la mera enumeración de las fuentes, con alguna ilustración arqueológica, o a la presentación exhaustiva de los hallazgos arqueológicos, sin intentar hacerlos hablar. Además, la mayoría de los estudios

tienen como campo de trabajo el NO peninsular, que cuenta con numerosos textos, pero donde la romanización material fue lenta y tardía, por lo que difícilmente pueden extrapolarse sus conclusiones a zonas más desarrolladas, como la Bética, o a otras que, pese al silencio de las fuentes, debieron experimentar un rápido proceso de romanización. El primero que se planteó seriamente este tema en la Península ibérica fue, poco antes de su muerte, A. García y Bellido, quien se refiere (1967, 1973) a la pervivencia de nombres, costumbres y lenguas vernáculas hasta bastante avanzada la época romana, incluso en zonas muy romanizadas. Estas ideas han sido posteriormente desarrolladas por otros autores, que tratan aspectos más concretos; así, Roldán (1972, 77 ss) realiza un planteamiento general de los mecanismos de la romanización y alude específicamente al papel desempeñado por los hispanos durante las guerras civiles en Hispania y a cómo la política de César de colonizar las tierras conquistadas será determinante en el proceso de la romanización. En otro trabajo (1974 242 ss), estudia el papel del ejército romano en este mismo proceso, aunque la mayor parte de los datos de que dispone corresponden ya a la época imperial, momento en que las legiones se nutren principalmente de soldados de las propias provincias en que están asentadas o, en su defecto, de las más inmediatas.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

R. Etienne y algunos colaboradores (ETIENNE et alii, 1976, 95 ss), han demostrado que, en la Península Ibérica, el sistema nominal romano arraiga especialmente en los territorios que los romanos ocuparon primeramente, en tanto la forma indígena –céltica en este caso– pervive en los conventos del NO; aquí, más del 70% de los que hacen inscribir textos en honor de *Iupiter Optimus Maximus*, llevan nombres indígenas, lo que habla acerca de la coexistencia de elementos indígenas y romanos. Otros autores han tratado asimismo sobre aspectos varios de la romanización de los pueblos del NO (TRANOY, 1980, 67 XX; PASTOR, 1981, 263 ss; RAMÍREZ SÁBADA, 1981, 225 ss; FORNI, 1977, 47ss; BLÁZQUEZ, 1977, 67 ss; JORDÁ, 1977, 29 ss; LE ROUX y TRANOY, 1974; BLÁZQUEZ, 1981, 179 ss; FORNI, 1970, 207 SS; PEREIRA Y SANTOS, 1980, etc.), pero el estudio más abarcador, pues tiene en cuenta los substratos indígenas, la incidencia de los elementos romanos sobre ellos y su repercusión en todos los órdenes de la vida cotidiana es, sin duda, el de M.C. Fernández Ochoa (1982), que puede servir de modelo para su aplicación en otras regiones.

Especialmente interesante desde el punto de vista de los mecanismos de la romanización es el bronce descubierto recientemente en Contrebia Belaisca (FATÁS. 1982) con la

actuación judicial de los integrantes del senado de Contrebia en un pleito sobre la construcción de una traída de aguas entre saluienses, sosinestanos y alavonenses, en el año 87 a. C. Del texto se deduce la existencia de una estructura urbana en una zona aún poco romanizada (todos los intervinientes llevan aún nombres indígenas) y el respeto de la autoridad romana hacia la decisión de los jueces indígenas, pues se limita a confirmar la sentencia.

La romanización del País Valenciano ha de venir determinada, en primer lugar, por su geografía: una llanura costera que se extiende de norte a sur, delimitada por un cordón de montañas más o menos próximas a la costa, que se alinean en el norte en dirección NO-SE, forman una meseta en el centro y toman la dirección SO-NE más abajo. En el sur, las montañas se separan de la costa y dejan lugar a los llanos de Alicante y Elche y a la Vega Baja del Segura. Las comunicaciones se establecen hoy principalmente a lo largo de la costa, aunque para ello se hayan tenido que tajar las estribaciones de más de una cordillera, o siguen los valles fluviales que en unos casos discurren de norte a sur (Vinalopó) y en otros de oeste a este (Palencia, Turia, Júcar, Cañoles, Segura), vías naturales de comunicación entre el interior y la costa. Toda esta región fue el asiento de tribus ibéricas con

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

diverso grado de desarrollo: muy elevado entre contestanos y edetanos (LLOBREGAT, 1971, 9 ss.), en la zona central y meridional, y algo menos entre los ilerconvos, en el norte (FERNÁNDEZ NIETO, 1970, 115 ss.). Son tribus cuya mención aparece por primera vez, sin embargo, en los autores latinos.

El País Valenciano entró muy pronto en la órbita romana, pues en dirección norte-sur debieron recorrerlo los ejércitos de Escipión en su marcha hacia Cartagena; una vez establecido el dominio romano, sus habitantes apenas se rebelaron contra él, cosa que sí hicieron, en cambio, con frecuencia, otras tribus ibéricas. Es más, los disturbios de mayor gravedad tienen lugar ya con motivo de las guerras civiles romanas, en relación con la rebelión de Sertorio, que involucra a ciudades como *Lauro*, *Valentia* y *Dianium*, entre otras.

Algunos autores latinos nos describen sucintamente las principales características de la geografía del País; Estrabón (III, 4, 6; III, 4, 12), habla del río *Sucro* (Júcar), de las cordilleras Idúbeda y Oróspeda (Sistemas Ibérico y Bético, respectivamente), y de algunas ciudades costeras, sin especificar sus características. Más adelante, P. Mela (II, 93) identifica el golfo sucronense y el ilicitano y algunas de sus ciudades, y Plinio (III, 19-20) se extiende prolijamente en la descripción

de conventos jurídicos, *regiones*, *populi*, *civitates* y *oppida*. El territorio valenciano se articulará, según él, en dos regiones: Contestania al sur y Edetania al norte, separadas por el río *Sucro* y con las ciudades de Ilici (colonia), *Lucentum* (derecho latino) y Dianium (estipendiaria) la primera, y Valentia (colonia) y Saguntum (derecho romano) la segunda. Pero estas regiones, que deben corresponder más o menos, como ya se ha indicado, al ámbito de las antiguas tribus ibéricas, se integran en la administración romana en agrupaciones más amplias denominadas *conventus* y pertenecientes a la provincia *Tarraconensis*. Los *conventus* a los que pertenece el País Valenciano son el de *Tarraco* por el norte y el de *Carthago Nova* por el sur; al primero corresponden las ciudades ya indicadas y la de *Bisgargis*, de derecho romano según la mención de Ptolomeo, y al segundo la de *Saetabis Augusta*, de derecho latino, según el mismo autor. Este, que escribe en el siglo II d. C., nos da una serie de ciudades agrupadas en tres regiones: *Ilercavonia*, *Edetania* y *Contestania*, de muchas de las cuales o bien no se conoce ninguna otra mención o bien están situadas fuera de los límites de la región que estudiamos; es el caso de *Caesaraugusta*, por ejemplo. Las ciudades de Ptolomeo que podemos identificar con seguridad son: *Bisgargis*, *Lassiria*, *Saguntum*, *Liria*, *Dianium*, *Valentia*, *Portus Sucronensis*,

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Saetabis, Saetabricula, Portus Ilicitanus, Iaspis, Ilici, Alona y Lucentum.

Todas estas ciudades, que se estructuran en dos colonias, dos municipios de derecho romano, dos de derecho latino y una ciudad estipendiaria, debían constituir el entramado urbano sobre el que se asentó el proceso romanizador. Estamos muy mal informados, en cambio, de cómo se llegó a esta situación, de cómo y por qué estas ciudades fueron preferidas por los romanos a otras también existentes, y premiadas, excepto *Dianium*, con la concesión de los privilegios que comportaba el derecho latino. Muy poco nos dicen las fuentes sobre el proceso romanizador entre la conquista y Augusto, y muy poco es lo que nos añade la arqueología. Junto a ellas debió existir una considerable cantidad de ciudades indígenas en las que la romanización se realizaría por ósmosis e imitación de las ya romanizadas, según el proceso característico. Tal vez muchas de estas ciudades, que tras la concesión del *ius latii* por Vespasiano a toda la Península pasan a ser municipios de derecho latino, sean las que Ptolomeo nos describe en el siglo II d. C., ya con nombres latinos: *Theara, Adeba, Thiariulia, Sigarra, Promontorio y Puerto Tenebrio, Bernaba, Ebor, Belia, Arsi Damaniu, Leonica, Etobesa, Osicerda, Meularia*, aunque como ya se

indicó antes, alguno de sus nombres, y la mención de *Dertosa* (Tortosa) y *Caesaraugusta* (Zaragoza) entre ellas nos obliga a pensar que algunas debieron asentarse fuera de los límites del País Valenciano.

Cómo fue el proceso de romanización de estos yacimientos es algo difícil de precisar. Es posible que la presencia romana contribuyera a lograr una mayor uniformidad, entre las diversas tribus ibéricas, tal y como Junyent (1972, 131 ss.) ha propuesto para el área ilergeta, y también que reforzara, en las áreas más desarrolladas, un proceso, probablemente ya iniciado con anterioridad, hacia la concentración urbana; este fenómeno, que en Aragón ha sido bien estudiado por F. Burillo (1980, 315), conlleva la desaparición de una serie de entidades urbanas de menor entidad entre la época de César y mediados del siglo I d.C. Tarradell intuyó algo parecido para el País Valenciano, aunque la comprobación arqueológica está aún por realizar. En las ciudades que perviven, se aprecia en muchos casos (Sagunto, Edeta, Saitabi) un desplazamiento desde la altura hacia el llano, sin alejarse demasiado de la ciudad antigua, que en alguna ocasión (Sagunto) queda convertida en centro monumental y de vida pública. En cierta medida, puede hablarse asimismo de un proceso de convergencia, ya que en Cataluña, y probable-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

mente también en el País Valenciano, se constata el hecho de que varios poblados ibéricos próximos se deshabetan para pasar a formar una sola comunidad urbana; es el caso de *Baetulo* e *Iluro*, y, según Tarradell (1976; 1977; 1978), también de *Dianium* y *Edeta*. Pero al mismo tiempo se constata también un fenómeno de dispersión. Los poblados ibéricos que se abandonan surten de efectivos a las diversas ciudades que ahora se desarrollan, pero también a una serie de explotaciones agrícolas que surgen sobre todo a partir de la época de César y que entre sus materiales muestran cerámica campaniense, *terra sigillata* aretina, sudgálica e hispánica y una considerable cantidad de cerámica ibérica que por sus formas y decoración parece característica de un momento tardío. A las ya conocidas hemos de añadir las villas de El Campet, entre los términos de Monforte y Novelda, y Monóvar, hoy totalmente destruidas por las labores agrícolas. Es el mismo fenómeno que se constata, para época inmediatamente anterior, en el entorno de Cartagena, que actúa de foco de atracción de los indígenas de los poblados próximos, empleando a sus habitantes en las minas o en las numerosas villas que surgen en las proximidades de la ciudad (LILLO, 1979-80, 167 ss.). De todas maneras, mientras no se excaven alguna de estas villas, y alguno de los poblados ibéricos que encuentran su fin, y no de manera violenta,

en estos años, difícilmente podremos precisar los pasos de este proceso, y nos tendremos que limitar a exponer tan sólo las líneas generales de su evolución.

Se fundan también algunas ciudades nuevas, cuyo máximo exponente es *Valentia*, colonia fundada en 139 a.C., para asentar a los veteranos que combatieron en las guerras lusitanas. Es ésta una colonia de veteranos, creada *ex nihilo* exclusivamente para ellos. No es el caso, en cambio, de la otra colonia del País Valenciano, la colonia *Iulia Ilici Augusta*, cuyo momento fundacional parece corresponder a época de Augusto, aunque algunos autores prefieren retrotraerla a la de César, y, según se deduce de alguna de sus emisiones monetales, debió corresponder a un asentamiento de dos legiones, del que no conocemos, sin embargo, ninguna mención literaria. En todo caso, la *deductio* debió realizarse sobre una ciudad ibérica ya existente, sin que las excavaciones llevadas a cabo permitan establecer una solución de continuidad entre una y otra. Se trata de una fundación característica del período cesariano y augusteo, que no es de nueva creación, sino que se limita a la concesión de un estatuto jurídico a una comunidad ya formada, en la que se incluye un asentamiento suplementario de veteranos o colonos civiles.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

De la romanización de las ciudades valencianas en época republicana tenemos muy escasos testimonios, ya que no es lícito hablar de tal fenómeno por el mero hecho de encontrar cerámicas u otros objetos de origen –o aspecto formal– romano en una ciudad ibérica. Para que exista romanización se precisa que los indígenas asimilen elementos sustanciales de la cultura romana, y eso es muy difícil de precisar dado el escaso desarrollo de la arqueología romana republicana en nuestras tierras. Con base arqueológica sólo podemos indicar que, en lo que sabemos, tampoco en el País Valenciano la romanización supuso cambios sustanciales en el aspecto urbanístico, ya que las dos ciudades mejor conocidas en este aspecto, el Tossal de Manises y la Alcudia de Elche, asientan, sin solución de continuidad, sus niveles romanos sobre los anteriores ibéricos, de los que aprovechan incluso el trazado viario. Si en el caso del Tossal ello puede deberse a que la ciudad no experimentó cambio alguno de población, en el de Ilici tenemos atestiguado el asentamiento de una colonia de veteranos, aunque no sabemos si ésta se estableció en la misma ciudad ibérica o en sus alrededores. Lo que sí sabemos, tanto en uno como en otro caso, es que ambas ciudades incorporan pronto a su paisaje edificios característicos de la romanidad, como termas y templos. No tenemos testimonios claros que nos hablen del origen de los

romanos que se establecieron en estas ciudades, aunque si son ciertas las suposiciones de Balil (1954, 251 ss.), y, como se atestigua en la zona de Cartagena (BELDA, 1975, 24; TOVAR, 1978), debieron tratarse de itálicos en su mayor parte, a juzgar por los testimonios lingüísticos que han dejado. En el Tossal de Manises apareció una inscripción, hoy perdida, con rasgos arcaicos semejantes a los de Cartagena: *Tadius M.F. / Ruf. praef. tur. /faciun. coer.* Su lectura exacta se discute, y a ello aludiremos más adelante, pero en cualquier caso demuestra el empleo de la forma verbal *coer* (*avit*) característica de finales del siglo II a. C., y de comienzos del I a. C. (CIL, II, 3561; LLOBREGAT, 1971, 70). Es la misma fecha en que se otorga la ciudadanía romana en el bronce de Ascoli a algunos edetanos en recompensa por los servicios militares que han prestado.

Para época imperial estamos algo mejor informados, sobre todo por las inscripciones. Parece que hay una creciente romanización de las instituciones, como lo demuestra el arraigo de los cultos imperiales, atestiguado en *Edeta*, *Saguntum*, *Valentia*, *Saetabis*, *Dianium*, Villajoyosa, Mascarell, *Lucentes* e *Illici*, además de *Dertosa*, *Libisosa* y *Carthago Nova*, estas tres últimas en las proximidades del País Valenciano (ETIENNE, 1974). Quiere esto decir que existen testimonios de cul-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

to imperial en ocho de las diez ciudades conocidas, por las fuentes literarias o epigráficas, como de derecho romano o latino en época altoimperial, y sólo en una cuyo estatuto desconocemos; o bien el azar nos ha engañado una vez más, o bien las ciudades romanas importantes eran en el País Valenciano muy pocas más de aquellas que las fuentes nos dan a conocer. Estas ciudades, y su territorio circundante, debieron ser además especialmente pacíficas, ya que con anterioridad al año 70 a. C., tan sólo un soldado, de un total de 27 cuyo origen se desconoce con exactitud, procede del Levante, y entre los efectivos de la Legio VII Gemina, ninguno procede del País Valenciano y sólo uno entre 21 es originario de Cartagena. Tampoco entre las tropas auxiliares encontramos mención alguna de edetanos ni contestanos (ROLDÁN, 1974). Más normal es, en cambio, la proporción de esclavos y libertos, y su distribución geográfica está bastante más repartida que la del culto imperial. Según la recopilación efectuada años atrás por J. Mangas (1971), la distribución es la siguiente:

Ciudad	Esclavos	Libertos
<i>Carthago Nova</i>	11 (R. I)	60 (R. I)
Archena	1	
Villarreal	2 (I)	

Lorenzo Abad Casal
Arqueología romana del País Valenciano

Ciudad	Esclavos	Libertos
<i>Valentia</i>	2 (I)	6
Tossal de Manises	1 (I)	
Jérica	2 (I)	
<i>Dianium</i>	1 (I)	4
Gandía	2 (R.I)	5
Liria	1 (R)	4
<i>Saguntum</i>	1	27
<i>Oppidum inter Saguntum et Dertosam</i>	3	6
Almudafér	1	
Murcia		1 (I)
<i>Lucentum</i>		2
Ondara		2
<i>Saetabis</i>		3
<i>Ilici</i>		1
TOTAL	28	121

En comparación, podemos indicar que *Tarraco* tiene 29 esclavos y 62 libertos, y *Barcino* 10 esclavos y 35 libertos. Si prescindimos de *Carthago Nova*, que por su actividad fundamentalmente industrial presenta un número muy elevado

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

de esclavos y libertos (el 39% en un caso y el 50% en otro), tanto unos como otros están bastante repartidos por todo el territorio, con la excepción de Sagunto, que demuestra así una vez más su alto nivel urbano y mercantil, y aparecen tanto en las ciudades conocidas por las fuentes como en otras muchas de menor entidad que, sin recursos para grandes templos y costosas ceremonias religiosas, estaban integradas plenamente, sin embargo, en el sistema social y económico romano.

Esta romanización social viene avalada por el hecho constatado de que en grafitos sobre *terra sigillata* encontrada en *Valentia*, aparecen nombres indígenas escritos con letras latinas (RIBERA, 1983), algo parecido a lo que ocurre también en el llamado mosaico helenístico de La Alcudia de Elche (RAMOS, 1975, 69 ss.), donde a finales del siglo I a. C., nos encontramos con nombres indígenas escritos con letras latinas (SILES, 1978, 331 ss.). Esto parece abogar en favor de que los indígenas que vivían en ciudades comenzaron pronto a emplear la escritura latina para escribir sus propios nombres, lo que debe ser el primer paso para la adopción de la lengua latina. En ambientes rurales, en cambio, este proceso debió ser más lento; conocemos grafitos ibéricos sobre *terra sigillata* del siglo I d. C. (OLIVER, 1978, 265 ss.), e in-

cluso para el siglo II d. C. tenemos el testimonio de *M. Cornelius Fronto* que, dirigiéndose a Marco Aurelio, le indica que a su padre Antonino le alababan *sua lingua* hasta los iberos. Mucho más tarde, el texto de Eutropio, obispo del siglo VI de sede muy debatida, pero en cualquier caso ibérica, *De similitudine carnis peccati*, alaba a una dama especialmente piadosa que se dirigía en su propia lengua a aquellos que no entendían el latín (GARCÍA y BELLIDO, 1967, 3 ss.). Parece claro que debe referirse a iberos, aunque algunos autores vean en él una referencia a los vascos (MARINER, 1976, 271 ss.).

2.2. Urbanismo y arquitectura

En el norte del País Valenciano, la primera ciudad romana atestiguada por una inscripción es la de *Lesera*, cuyo nombre *Res Publica Leserensis* ha precisado recientemente Alföldy (1977). De fundación lo más tarde flavia, Alföldy la emplaza en el yacimiento del Forcall, cerca de Morell, y le adscribe un amplio territorio que separaría completamente los de Sagunto y Dertosa. Se trataría quizás de un municipio, ya que en la inscripción se menciona un *duumvir*. Más hacia el sur, *Bisgargis*, citada como ciudad de derecho romano por Plinio, y que también aparece en Ptolomeo, se suele colocar

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

asimismo en el Forcall, zona rica en yacimientos romanos pero en la que aún falta un estudio de conjunto.

Más importante debió ser la ciudad de *Edeta*, citada por Plinio como de derecho latino y que tradicionalmente se viene considerando la continuación romana de la ibérica Liria, algo desplazada hacia el llano. Los trabajos de G. Martín (1979) dieron como resultado la constatación de una población romana que comienza en época de Augusto y perdura hasta el siglo V, aunque su auge debió ser especialmente altoimperial; sus restos arquitectónicos y de todas clases, y las ricas villas de su entorno, con esculturas y mosaicos del mayor interés, reclaman un estudio en profundidad.

Saguntum fue, sin lugar a dudas, y durante mucho tiempo, la más importante de las ciudades romanas del País Valenciano. Se le han dedicado muchos trabajos, pero todos ellos se refieren a determinados aspectos muy concretos o a visiones sumamente generales (GONZÁLEZ SIMANCAS, 1923; 1926; 1930; Gil, MASCARELL, y ARANEGUI, 1977). Se localizan restos romanos en la Plaza del Dos de Mayo (edificio monumental), Plaza de San Fernando y Plaza de Armas (inscripciones, esculturas, templo, construcciones monumentales), lugar donde posiblemente estuvo el foro. Tenemos noticias, a través de G. Simancas, de la existencia

de una ciudad escalonada, nivelada por los romanos, y de estratigrafías que van de lo preibérico a lo romano. Particularmente complejo es el estudio de sus murallas, en las que se han querido ver varias etapas: un recinto superior, construido de sillarejo, que debe corresponder a la ciudad antigua, que se reforzó en su momento posterior por medio de contrafuertes construidos con sillares ligeramente almohadillados, sin argamasa; es ésta la muralla que tradicionalmente se viene designando como cartaginesa. En su interior, según G. Simancas, unos “fuertes muros grecoibéricos” cierran un recinto más pequeño. Y aún hay una tercera línea de muros, ciclópeos, en la zona inferior. La adscripción a un determinado momento histórico de cualquiera de estos muros es absolutamente ilusoria, ya que falta por realizar un estudio arqueológico, de cada uno de ellos; la técnica de construcción, materiales utilizados, zanja de cimentación, etc. El que más interés ha suscitado es el lienzo de muro poligonal, mal llamado “ciclópeo” del supuesto templo de Diana. Los estudios que a él dedicó García y Bellido (1963), señalaron acertadamente sus paralelos en Toya y Olérdola y, en general, en todo el Mediterráneo entre los siglos V y II a. C.; es bastante parecido, en especial, a los muros trapeciales que Scranton ha estudiado recientemente, y datado entre los siglos VI y III a. C. Las últimas investigaciones han desechado

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

hoy la hipótesis de que se trate de un templo y postulan en cambio, según los recientes estudios de Rouillard (1979), su pertenencia a un recinto defensivo, formado por un doble paramento relleno de tierra y piedra y con trazado en cremallera. Los sondeos efectuados en esta muralla dan una fecha de construcción en la primera mitad del siglo IV a. C., que, de confirmarse la hipótesis de Rouillard, sería válida también para el muro poligonal. Aunque sin contexto concreto, es digna de destacarse una inscripción de Sagunto (BELTRÁN LLORIS, 1980, n. 57) en la que se menciona la reconstrucción de unas torres y muros utilizando también la fórmula *co (eraverunt)*.

Próximo a Sagunto se encuentra su antiguo puerto, el denominado Grau Vell, que desde hace algunos años está excavando C. Aranegui (1978, 307 ss.; 1982). Existe una sucesión ininterrumpida de niveles entre fines del siglo IV a. C., y la época tardorromana. Entre los años 40 y 30 a. C., se produjo una nivelación de parte del yacimiento con cascotes de ánforas ibéricas y romanas republicanas. A mediados del siglo II tuvo lugar una nueva remodelación, con pavimento de cantos rodados y decoración parietal pintada. Es muy interesante la constatación de que no experimenta decadencia al-

guna durante la crisis del siglo III d. C., aunque sí a lo largo del siglo V d. C.

Mayor dificultad presenta, si cabe, el estudio de la ciudad de *Valentia*. Su fundación se presenta problemática, ya que su partida de nacimiento, el texto de Livio (*Per.*, 55) *Iunius Brutus consul is qui sub Viriatho militaverunt agros et oppidum dedit quod vocatum est Valentia* se presta a una doble interpretación: la ciudad se fundó o bien para los lusitanos que a la muerte de su jefe se sometieron a Roma o bien para los soldados romanos que lucharon contra Viriato. Aunque lingüísticamente la primera parece la correcta, es difícil de aceptar que Roma estableciera una nueva ciudad en una zona estratégica y fértil para aquellos que hasta entonces la habían combatido ferozmente. No hace mucho. R. Wiegels expuso una tesis que puede aclarar un tanto el panorama: Bruto fundó una ciudad tras las guerras lusitanas, según el testimonio de Apiano, Diodoro y Livio, pero solo el primero indica que se trate de Valentia; los otros dos no citan nombre alguno. Como el texto de Livio que conocemos no es el original, sino el resultado de una compilación posterior, Wiegels cree posible que el compilador alterara el texto y pusiera en relación dos noticias diferentes: que Bruto fundó una ciudad para los lusitanos, tal vez la *Brutobriga* que conocemos por

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

otras fuentes, y otra para los soldados romanos que habían combatido en las mismas guerras: *Valentia* (1974, 153 ss.; 1975, 193 ss.). Se trata de una hipótesis interesante, pero de difícil comprobación. De cualquier forma, la fundación de la ciudad, en una zona fértil y ya pacificada, encaja perfectamente con lo que es normal en las fundaciones de colonias de veteranos, que no suelen encontrarse en la primera línea de batalla: *Italica*, *Gracchurris*, *Carteia*, *Corduva*, *Palma*, *Pollentia*, etc.

Otro punto oscuro relacionado con *Valentia* es su posible fundación sobre un poblado ibérico preexistente denominado Tyris, que aparece citado en la *Ora Maritima*. La poca credibilidad de este poema geográfico incita al escepticismo, y tanto más el hecho de que los sondeos y excavaciones realizados en el subsuelo de la ciudad no hayan proporcionado restos anteriores al siglo II a.C., lo que se compadece mal con la existencia de dicha ciudad ibérica. En cambio está atestiguada la existencia de dos clases o grupos de ciudadanos romanos en *Valentia*: los *veterani* y los *veteres*, que, según el reciente estudio de Pereira (1978, 8 ss.), ya están atestiguados en inscripciones del siglo I d. C. Dicho autor los pone en relación con una nueva *deductio* que debió efectuarse tras una catástrofe a la que parece aludir una inscripción

ción del siglo I d. C. [*.a*] *ug / (...) e cladem*. Otros, como Llobregat (1981, 94) ven en ella el resultado de una *deductio* de época pompeyana.

El perímetro de la ciudad se conoce gracias a las sucesivas excavaciones que a lo largo de los años han realizado el Servicio de Investigaciones Arqueológicas Municipal y el Laboratorio de Arqueología. Según un reciente estudio de conjunto de A. Ribera (1983), con base en los numerosísimos materiales acumulados por el SIAM y nunca publicados, los límites de la ciudad primitiva debían alcanzar por el norte la calle Trinitarios, por el sur la de las Avellanas, por el este la plaza Mosén Milá y calle Tosalet, y por el oeste el palacio de la Generalidad. Según testimonio de Plutarco, y como era normal en la época, estaba amurallada, aunque no se ha conservado vestigio alguno de esta cerca. Durante el Imperio, la ciudad debió crecer considerablemente en extensión, y lo que en otro tiempo se consideraron villas rústicas parecen en realidad barrios de la ciudad que, según los sondeos efectuados, debió alcanzar en algunos lugares lo que luego será la muralla del siglo XI. Durante el siglo III d. C., y a juzgar por la amplia necrópolis de la Boatella, la ciudad debió empobrecerse considerablemente, pero no se atestiguan restos de destrucciones ni modificaciones sustanciales en el

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

trazado urbano; no parece que exista, por tanto, una reducción del perímetro urbano, como ocurre en otras ciudades hispanas. Esto sólo se dará a partir del siglo VI d. C., fecha en la que ya se observan necrópolis en el interior de la ciudad. En fechas recientes se han dedicado varios estudios a la topografía y el urbanismo de la Valencia romana, pero por falta de la base arqueológica de que ahora se comienza a disponer, sus resultados no fueron concluyentes. Así, las obras de Esteve (1978), cuya reconstrucción teórica, carece de comprobación material, y de Roselló (1980), que se muestra partidario de una primitiva configuración insular y de un núcleo urbano asentado entre las calles Navellos, Unió, Salvador i Almudí, Plaza del Mon y calle de las Corts.

A juzgar por los restos encontrados, parece que el centro de la ciudad, al menos en su etapa imperial, se encontraba en la zona de la catedral y de la basílica de los Desamparados, pues es aquí donde mayor cantidad de material ha aparecido, y donde esto alcanza su mayor calidad: pedestales con dedicatorias a emperadores y a personajes destacados, fragmentos de friso monumental con inscripción, etc. (PEREIRA, 1979, 10 ss.; ROBERA, 1983, 107).

Más hacia el sur, encontramos ciudades tan famosas como desconocidas. *Sucro*, que Llobregat coloca en la montaña de

Cullera, con una progresión hacia el llano tanto mayor cuanto más avanza en el tiempo, y en cuyas proximidades, según el texto de Livio, debió instalar Escipión uno de sus primeros campamentos. *Saitabi Augusta*, la sucesora de la *Saiti* ibérica, mencionada repetidamente en los itinerarios romanos, debió estar, según Llobregat, en la ladera del castillo entre la iglesia de San José y la ermita de San Félix, de donde proceden numerosos restos, monedas e inscripciones, pero donde nunca se ha llevado a cabo una excavación en profundidad. *Dianium*, citada por las fuentes en relación con las guerras sertorianas, es otra de las ciudades cuyo estudio arqueológico está sin realizar. Tras los trabajos de R. Chabás en el siglo XIX, que permitieron recoger y salvaguardar numerosos materiales, la llana ha sido mantenida durante bastantes años por J. Carrasco y hoy se han acometido serios trabajos de investigación en el Hort del Morand, probable asiento de la antigua ciudad, bajo la dirección de J. Gisbert. Se han detectado varios niveles, con enterramientos en el superior, lo que puede estar en función de una reducción del perímetro urbano en época tardía. La ciudad romana que estuvo donde la actual Villajoyosa es otra de las grandes desconocidas. Lo único excavado, parcialmente, ha sido una de las villas próximas, pero de la ciudad apenas sabemos nada. El monumento funerario conocido como Torre de Hércules,

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

que actualmente tenemos en estudio, debió estar en las afueras del recinto urbano.

Lucentum, citada bajo diferentes formas nominales (*Lucentum*, *Lucentes*, *Lucentia*) por Mela, Plinio y Ptolomeo, es la más antigua antecesora de la actual Alicante. Tradicionalmente se ha venido colocando en el Tossal de Manises, pero la aparición a mediados del siglo XIX de una inscripción, hoy perdida, en el ángulo que forma la avenida de Oscar Esplá con la carretera de Murcia, con la mención de los emperadores Marco Aurelio y Cómodo y el *Mun(icipium) Luc(entinun)* ha hecho bascular la identificación, tras los trabajos de Llobregat (1971, 73 ss.; 1981), hacia el yacimiento romano hoy ocupado –y destruido– por el moderno barrio de Benalúa de Alicante. (La historia de la destrucción de esta ciudad romana es uno de los más tristes episodios de la arqueología valenciana). La aparición en el Tossal de Manises, en fecha reciente, de una lápida en la que se lee *P. Astrani / us Venustus / íiiiiivir aug / Lucentis annor xxiii / t.r.p.d.s.t.t. levis* ha vuelto a poner sobre el tapete, no obstante, la cuestión del emplazamiento real de esta ciudad. Llobregat (1981) interpreta *Lucentis* como un adjetivo de la tercera declinación, derivado del *Lucentes* del Ravennate, pero también podría interpretarse como un ablativo de ori-

gen de la segunda declinación, derivado del *Lucentum* de Plinio, aunque en plural, lo que no es raro si tenemos en cuenta que todas las demás formas atestiguadas son plurales: *Lucentes*, *Lucentia*. En cualquier caso está claro que se trata de la mención del *origo* del personaje y que éste, nacido en la actual Benalúa, murió algo más allá, en el Tossal. Al tratarse de una inscripción funeraria, es lógico pensar que el difunto pudo trasladar su residencia, ya que el monumento encontrado en Benalúa con la dedicatoria imperial debía permanecer en su sitio. La única excavación realizada en los últimos años es el solar de Benalúa, aunque aún no ha sido publicada *in extenso*, corresponde a un vertedero de las afueras de la ciudad, y proporcionó una considerable cantidad de material cerámico, con predominio de las sigillatas claras tardías, que datan el conjunto entre los siglos IV y VI d. C. Sin embargo, la ciudad debió existir con anterioridad, como prueban la dedicatoria a los emperadores y las noticias recogidas por un estudioso del siglo XIX, J.B. Rico, que, a mediados del siglo pasado tomó notas y dibujos puntuales de un amplio conjunto de hallazgos, entre los que M. Tarradell y G. Martín identificaron algunas piezas de terra sigillata aretina (1970). Según Llobregat (1980, 99), existen también fragmentos de cerámica de barniz negro, lo que confirmaría esta datación alta. Las construcciones descritas

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

por Rico fueron interpretadas como fábricas de vidrio, dada la gran cantidad de escoria de vidrio que se encontró en sus proximidades, aunque más adelante Tarradell y Martín (op. cit.) las consideraron fábricas de salazón. Es muy difícil, cien años después de los hallazgos, y a la vista de los dibujos publicados, decantarse por una u otra opción. Sin embargo, según nuestras noticias, en los desmontes de algunos solares próximos han aparecido recientemente vidrios y escorias de vidrio en grandes cantidades, lo que vuelve a plantear la hipótesis de la posible fábrica de vidrio en la antigua *Lucentum*.

Muy pocos kilómetros de Benalúa dista el otro gran yacimiento alicantino, el Tossal de Manises, que tradicionalmente se ha venido denominando *Lucentum*. Se trata de una ciudad ibérica que se romaniza poco a poco y que constituye una clara ilustración de cómo debió llevarse a cabo este proceso. El trazado de las calles, la disposición de las casas, etc., no experimenta apenas cambios entre los niveles que muestran cultura material de tipo ibérico y romano. En este yacimiento se han realizado muchas campañas de excavación, la primera de las cuales fue publicada, con las limitaciones propias de la época, por el conde de Lumiares, en el año 1780; en ella se pusieron al descubierto trozos de mu-

ralla, construcciones varias, acueductos, mosaicos, etc. Posteriormente se han sacado a la luz parte del recinto amurallado, termas, calles y casas, pero todo ello sólo ha sido objeto de publicaciones muy someras. Lafuente Vidal (1934) y Figueras Pacheco (1940, 178 ss.), dieron algunas noticias de sus trabajos y establecieron sendas estratigrafías, compuestas de cinco niveles la del primero y de siete la del segundo. Las excavaciones más recientes, realizadas por Tarradell y Llobregat, aún no han sido publicadas *in extenso*, pero contamos con sendos resúmenes y avances (Tarradell, 1976, 286 ss.; Llobregat, 1971, 63 ss.). No parece que estos trabajos fueran excesivamente fructíferos, aunque sí lo suficiente como para observar la existencia de tres niveles: uno inferior, ibérico, de los siglos IV-III a. C., otro intermedio, de II-I a. C., y un tercero de época imperial romana. A cada uno de estos niveles corresponde una muralla diferente; la ibérica es de sillarejo, y a ella se adosaron posteriormente unas torres de sillares, más regulares y en algún caso de sección trapezoidal; si, como supone Llobregat, la inscripción arriba comentada hace referencia a éstas, sería posible datarlas a finales del siglo II o comienzos del I a. C. No existe muralla correspondiente a la ciudad romana imperial, pues en esta época los muros se desmantelaron para permitir la expansión de la ciudad.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

El Tossal de Manises, una vez desmontada su identificación como colonia griega o cartaginesa, queda como un interesante yacimiento ibero-romano. En sus proximidades se encontró un muro curvo de grandes sillares que Figueras Pacheco y Jáuregui (1947, 210 ss.), identificaron con restos de un antiguo puerto, pues está situado en el fondo de lo que en la antigüedad debió ser un entrante marino. A su alrededor, restos de villas rústicas y suburbanas, que tal vez en algún momento llegaron a formar parte de la propia ciudad, destruidas por los edificios de la Albufereta o en trance de desaparición, a manos de las urbanizadoras y de los excavadores clandestinos, cuyas “catas” alcanzan en ocasiones dimensiones colosales; hemos llegado a ver zanjas de quince metros de largo por dos y medio de ancho y dos de profundidad. Especial interés parece revestir la denominada “villa de la Albufereta”, al pie mismo del Tossal, donde hasta no hace mucho tiempo podían apreciarse en superficie grandes sillares —en ocasiones almohadillados—, comisas, frisos moldurados y basas de columna. En un artículo aparecido recientemente en la prensa local (*La Verdad*, 26.11.83) se reproduce la estratigrafía de uno de estos cortes, cuya veracidad ha sido fácilmente comprobable hasta no hace mucho tiempo, y aterra pensar cómo han podido realizarse semejantes atrocidades, a plena luz del día y en una zona tan pró-

xima a la ciudad. Dicha estratigrafía, que corresponde a una “cata” realizada clandestinamente, muestra un total de ocho niveles distintos, con tres muros superpuestos y demuestra el grado de impunidad de quienes saquean sistemáticamente nuestros yacimientos.

El abandono de la ciudad parece que tuvo lugar, siempre según las noticias de Llobregat, durante la crisis del siglo III, pues los materiales más modernos corresponden a la *terra sigillata* clara C. Tras un fuerte incendio, la ciudad se abandona definitivamente.

La relación entre el Tossal de Manises —ciudad ibérica que se romaniza— y la ciudad de Benalúa, que nace como más pronto en el siglo I a.C., y perdura hasta la época medieval, es indudable. Resulta extraño que a tan sólo seis kilómetros existieran dos núcleos de población importantes que conviven durante al menos 300 años, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que en la Antigüedad, el sector de costa por la que discurre hoy la carretera hacia la playa de San Juan era una barrera casi infranqueable, lo que alejaba considerablemente ambas poblaciones. En cualquier caso, la proximidad resulta evidente, y la despoblación del Tossal coincide con el auge de Benalúa, por lo que no es extraño que parte de la población que abandona el primero se traslade al se-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

gundo, tal y como propugnaron años ha los investigadores allicantinos. Una parte de esta población también pudo engrosar los establecimientos rurales de las proximidades del Tossal (zona de la Condomina), donde la cerámica recogida en superficie permite suponer una mayor perduración del hábitat.

A unos 25 kilómetros de *Lucentum*, hacia el sur, se encuentra la antigua *Colonia Iulia Ilici Augusta*, nombre que en algunas monedas aparece abreviado como C.C.I.A., lo que ha permitido a algunos autores (GRANT, 1969, 213 ss.), considerarla fundación de César y no de Augusto, como se admite normalmente. Es el único yacimiento romano del País Valenciano que ha sido objeto de una serie ininterrumpida de excavaciones arqueológicas, aunque el carácter limitado de estas campañas; y el hecho de que la ciudad romana se encuentre sobre un riquísimo yacimiento ibérico, con raíces en épocas anteriores, hace que la superficie excavada se limite a poco más del diez por ciento. Es el único yacimiento del que se han publicado memorias de excavación periódicas y del que tenemos un estudio de conjunto (RAMOS, 1975), aunque éste se centre principalmente en el inventario y catalogación de los materiales, y sea posible, aún, profundizar más en muchos temas. Para un mejor conocimiento de la Ilici romana sería conveniente proceder a excavaciones amplias

siguiendo el nivel romano, aunque para ello haya que sacrificar los interesantísimos niveles inferiores.

Los niveles que para este trabajo interesan son el D y el C. El primero corresponde a la época ibero-romana, en el que se han recogido restos de un posible templo con capiteles jónicos, basas con plinto y frisos con dentellones, todo ello en piedra local, como es característico del siglo I a.C., antes de la época de Augusto. Hay también varias estancias de habitación, una de las cuales tiene como pavimento un mosaico de *opus signinum* y otra un mosaico mixto de guijarros y teselas de piedra y terracota con nombres ibéricos en letras latinas. El estrato C o romano imperial se caracteriza por la presencia de casas relativamente lujosas, una de ellas con un posible atrio con *impluvium*, aljibe y fuente lobulada en un peristilo trasero, y otra, recientemente excavada, con una fuente similar rodeada de un ambulacro porticado y una serie de amplias estancias decoradas con pinturas y adornadas con mosaico. Balil (1974, 5 ss.), adscribe este tipo de fuente a la época severiana, aduciendo paralelos en Volubilis, Conimbriga e Itálica. Sin embargo, los materiales recogidos en la excavación parecen indicar para esta segunda casa una datación altoimperial, aunque continuara en uso duran-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

te largo tiempo. Por debajo de esta fuente existía una galería excavada en la roca, de finalidad aún no precisada.

El estrato B corresponde a la época bajoimperial y en ella se encuadra arquitectónicamente un lienzo de muralla, con puerta y torres, construida con piedra y cal. En el siglo III d. C., se atestigua, según su excavador, un retroceso en el desarrollo urbanístico de la ciudad, con la reducción del perímetro urbano y el cegamiento de pozos, aljibes y alcantarillado, que, a juzgar por los materiales recuperados, queda fuera de uso en esta época. Todos estos hechos se han puesto en relación con la crisis generalizada del siglo III, de la que tenemos testimonios en otras ciudades, pero —y esto es importante— no en todas.

En las proximidades de Elche, en la cercana Santa Pola, tuvo su asiento una importante ciudad ibero-romana, que debe ser con toda seguridad el *Portus Ilicitanus* conocido por las fuentes. Ya Aureliano Ibarra (1879) realizó excavaciones durante el siglo XIX y descubrió restos arquitectónicos, mosaicos y objetos diversos que, junto con los encontrados en Elche, formaron una valiosa colección que hoy se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. En los últimos años, la creación del Museo Arqueológico de Santa Pola ha supuesto una considerable potenciación de los es-

tudios arqueológicos, llevando a cabo una serie de excavaciones que han descubierto varios almacenes portuarios y parte de una amplia casa con patio, ambulacro y estancias a su alrededor, de cuyos pavimentos musivos y decoración pintada se conservan bastantes restos.

Muy poco es en cambio lo que conocemos de otras ciudades citadas por las fuentes, como *Icosi*, que Plinio adscribe a *Ilici*, y *Alone*, cuyo emplazamiento se ha venido colocando a lo largo de toda la costa, aunque parece claro que debió estar en las proximidades de Elche y Alicante, pues el texto de Mela relaciona el Golfo Ilicitano con las ciudades de *Alone*, *Lucentum* e *Ilici*. La identificación de *Alone* con Santa Pola que recientemente ha defendido Llobregat (1983, 225 ss.), con base en el estudio de las vías, parece esencialmente correcta, aunque tropieza con el problema de que en este caso aparecería citada por dos veces en Ptolomeo, como *Alonai* e *Illikitatos Limen*. La última ciudad cuyo nombre conocemos, *Iaspis*, parece posible, por perduración del topónimo, relacionarla con la actual Aspe, y más concretamente con las ruinas del despoblado del Castillo del Río, cerca de la ciudad.

2.3. Las vías de comunicación

Son varias las fuentes que aluden a las vías que ponían en relación estas ciudades, y estamos por tanto relativamente

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

bien informados, a nivel teórico, acerca del trazado de las principales de ellas. Pero cuando esta información se traslada al terreno práctico, la cuestión se presenta mucho más difícil, pues en pocos lugares se conservan restos de vías y muy pocas de éstas presentan las características ideales de una vía romana (MOROTE, 1979, 139 ss.). La identificación como romano de cualquier camino antiguo, empedrado o no, es sumamente difícil, y por tanto el estudio arqueológico de estas vías, en una zona casi huérfana de miliarios y monumentos romanos que pudieran encontrarse en sus proximidades se presenta erizado de dificultades. Con base en las fuentes históricas, los restos materiales y la toponimia, se ha conseguido restituir con garantías científicas algunas de las ciudades y mansiones citadas, aunque otras atribuciones deben aceptarse con un alto grado de reserva.

Las fuentes escritas que nos dan información sobre las vías romanas del País Valenciano son el Itinerario de Antonino, los Vasos de Vicarello, el Ravennate, la Tégula de Valencia y una serie de miliarios, todas ellas recogidas en la ya clásica obra de Roldán Hervás (1973) y objeto, últimamente, de un par de estudios de gran interés (Morote, 1979, 139 ss.: Llobregat, 1983, 225 ss.). De todo ello, y del cotejo del cuadro adjunto, se deducen algunos datos de interés.

El País Valenciano contaba con una vía principal, la antigua *vía Hercúlea*, que en época imperial pasó a llamarse *vía Augusta*, y constituía la principal ruta entre el Mediterráneo hispano —y también la rica Bética— e Italia, como demuestra el epígrafe bajo el que aparece en el Itinerario de Antonino: *De Italia in Hispanias* y el hecho de que fuera la ruta elegida por César cuando, en pocos días, llegó desde Roma a Munda. Esta vía se dividía en dos ramales en una mansión denominada *Ad Turres*, que se viene colocando entre Villena y Fuente la Higuera. De aquí, un ramal se internaba en la Meseta por *Ad Palem*, *Saltigim*, *Parietinis* y *Libisosa*, esto es, siguiendo el corredor de Almansa hacia Lezuza y de aquí hacia Cástulo, y otro continuaba hacia el sur, bajando por el valle del Vinalopó hasta Elche, y desde aquí hasta Cartagena. Llobregat (1983) ha estudiado recientemente otro ramal de esta vía, identificando la *Asterum /Alternum /Alterum* del Ravennate no con una estación de la vía, sino con la simple mención de “otro” camino que desde *Portum Sucrone* llevaría hasta *Dianium*. No cree Llobregat, al contrario que otros autores anteriores, que esta vía llegara por la costa hasta Elche, donde enlazaría con la principal, sino que considera que el Dionio del Ravennate 304, 14 estaría fuera de lugar, con lo cual tanto esta fuente como la *Guidonis Geographica* coincidirían en mostrar un nuevo ramal que, partiendo de

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Eloe /Edelle llevaría por *Celeret* hacia *Lucentum*, *Ad Leones*, *Allon* e *Hilice*, ciudad en la que se uniría a la propia *vía Augusta*. Las reducciones geográficas de todas estas ciudades y mansiones citadas en los itinerarios son en algunos casos muy simples, pues se trata de ciudades conocidas (*Tarraco*, *Dertosa*, *Saguntum*, *Valentia*, *Sucro*, *Illici*, *Karthago*, *Saetabi*, *Dionio*, *Lucentes*), pero en otros es muy difícil decidirse por alguna de las identificaciones propuestas, sobre todo cuando se trata de mansiones o ciudades pequeñas. No es éste el momento de detallar los problemas de la identificación de cada una de ellas, que se encuentran ampliamente tratados en los artículos ya citados.

Si consideramos la cronología de los documentos conservados (siglo I para los Vasos de Vicarello; siglos II-IV para el Itinerario de Antonino; siglos VII-VIII para el Ravennate; siglo IX para la *Guidonis Geographica*), y si tenemos en cuenta que los vasos de Vicarello recogen solamente un camino posible desde Gades a Roma, sin tener pretensión de itinerario general, hemos de convenir que el primer tramo de la *vía Augusta*, a su paso por el País Valenciano, entre *Dertosa* y *Sucro*, experimentó pocas variaciones en la antigüedad: la *mansio Oleastrum* del Itinerario de Antonino se convierte en *Subsaltum*, *Subsaltu* o *Saltu* en las restantes fuentes. La

Intibili(m) de los más antiguos cede su puesto a un *Rubricatum /Lubricatum* en los más modernos, pero reaparece en éstos algo más abajo, tras el *Hildum /Ildum* común a todos. *Sebelaci* y *Ad Noulas* en los más antiguos coexisten con el *Intibili* de los más modernos. Parece, en resumen, que sólo alguna mansión ha cambiado de nombre en el transcurso de los años, y que se ha añadido alguna más, trastocando el orden de las restantes. No en vano la suma de millas es muy semejante en cualquier caso.

El segundo tramo muestra en el Itinerario un camino directo hacia Cartagena, en tanto en los más modernos se les hace dar un rodeo hacia *Lucentum*, consecuencia tal vez del auge de esta ciudad, constatado por la arqueología, en época tardorromana. Los dos –o mejor tres– puntos claves son sin duda *Saetabi*, (*Ad*) *Turres* e *Illici*. La primera no aparece en el Itinerario de Antonino, cosa extraña si tenemos en cuenta que se trata de una ciudad de esplendoroso pasado ibérico que será mencionada por todos los ruterios posteriores. Hemos de observar, sin embargo, que esta omisión de *Saetabi* queda compensada por la mención, en su lugar, de *Ad Statuas*, que sólo aparece precisamente en el Itinerario, y puede corresponder a un desvío o a un monumento especialmente importante en las proximidades de *Saitabi*. Desde

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

aquí se llega a (*Ad*) *Turres*, citado en una ocasión como *Ad Aras* y en otra como *Turres Saitabis*, desde donde se diversifica la vía; un ramal parte hacia *Cástulo* y otro hacia *Illici*. En esta última ciudad debieron confluír los dos ramales, el que bajaba directamente por el valle del Vinalopó y el que se separaba en *Adello* /*Eloe* /*Edelle* para pasar por *Lucentum*.

No menos importante es *Sucro* /*Portum Sucrone*, que en los textos conservados parecen corresponder a la misma localidad, aunque algunos autores postulan la identificación de la primera con Alzira y del segundo con Cullera. Desde esta ciudad arranca precisamente el “otro” camino (*Asterum* / *Alterum* / *Alternum*) en los itinerarios más modernos, que llegaba hasta *Dinium*.

Sólo en el Itinerario de Antonio y en los Vasos de Vicarello se conserva la indicación del número de millas que hay entre una y otra estación. La distancia entre *Tarraco* y *Sucro* es de 194 en el primero y de 186-185-186-186 en los cuatro vasos de Vicarello. Si contabilizamos también las millas existentes hasta *Ad Statuas* en el primero y *Saitabi* en los demás, tenemos una cantidad total de 226 frente a 214-213-211-211. La diferencia en millas a favor del primero (7-8 hasta *Sucro*, 13-15 hasta *Saitabi*) ha ido aumentando de manera escalonada a lo largo de todo el recorrido. Hay, no obstante, algu-

nas incongruencias entre uno y otro texto; así, en tres de los vasos de Vicarello no aparece la mención de *Tria Capita*, pero la mansión anterior, *Subsaltum*, se encuentra bastante alejada de *Tarraco*, 37 millas, cuando la distancia normal está en torno a 20. Cuando aparece *Tria Capita*, esta distancia se divide en sendos tramos de 20 y 17 millas, pero paradójicamente *Tria Capita* no se encuentra entre *Tarraco* y *Subsaltum* como sería lógico suponer, sino a continuación de ésta, en el lugar que ocupará también en el Itinerario de Antonino y el Ravennate. Otra incongruencia ocurre con las distancias entre *Sebelaci /Ad Noulas*, que deben ser la misma estación, y *Sagunto-Valencia-Sucro*: 16-20-16-(15) en los vasos, y 22-16-20 en el Itinerario. En el Ravennate, la mansión *Sebelaci /Ad Noulas* es sustituida por *Intibili*, que en los rúteres anteriores había aparecido dos lugares más arriba, y este puesto lo ocupa una nueva: *Rubricatum /Lubricatum*.

Otros muchos caminos supuestamente romanos se han identificado a lo largo y a lo ancho del País Valenciano, entre ellos el desdoblamiento de la Vía Augusta a su paso por Castellón propuesto por A. Bazzana (1978, 277 ss.), y aceptado por otros autores (ARASA, 1979, 149 ss.), que sigue el Camino Real por el interior y el llamado “Caminás” por la costa. Ambos están relacionados entre sí por varias vías

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

ITINERARIO DE ANTONINC	VASOS DE VICARELLO				RAVENNATE		GUIDO GEOGRAPHICA	TEGLIA DE VALENCIA
<p>De Italia in Hispanias</p> <p>396.1. Item ab Arelato Narbone</p> <p>2. Inlede Terracone</p> <p>3. Karthagine Partharia</p> <p>397.1. Terracone</p> <p>2. Olissarum</p> <p>3. Treae Capita</p> <p>4. Dentosa</p> <p>5. Imbilii</p> <p>6. Ildum</p> <p>400.1. Sebelsci</p> <p>2. Saguntum</p> <p>3. Valentiam</p> <p>4. Sucronem</p> <p>5. Ad Stapas</p> <p>6. Ad Turres</p> <p>401.1. Arelato</p> <p>2. Aros</p> <p>3. Ilibis</p> <p>4. Ther</p> <p>5. Karthagine Partharia</p> <p>6. Oroposa</p> <p>7. Ad Morum</p> <p>8. Basi</p>	<p>1</p> <p>Terraconem XX</p> <p>Subsatum XXVII</p> <p>Dentosa XXVII</p> <p>Imbilium XXVIII</p> <p>Ildum XXVII</p> <p>Ad Noulas XXVIII</p> <p>Saguntum XVI</p> <p>Valentiam XX</p> <p>Sucronem XVI</p> <p>XXII</p> <p>VIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p> <p>XXIII</p>	<p>2</p> <p>Terracone</p> <p>Subsatu</p> <p>Dentosa</p> <p>Imbilii</p> <p>Ildum</p> <p>Ad Noulas</p> <p>Sagunto</p> <p>Valentia</p> <p>Sucrone</p> <p>XXVIII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p> <p>XXII</p>	<p>3</p> <p>Terracone</p> <p>Subsatu</p> <p>Dentosa</p> <p>Imbilii</p> <p>Ildum</p> <p>Sebelsci</p> <p>Sagunto</p> <p>Valentia</p> <p>Sucrone</p> <p>XX</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p> <p>XXVII</p>	<p>4</p> <p>Terracone</p> <p>Subsatu</p> <p>Dentosa</p> <p>Imbilii</p> <p>Ildum</p> <p>Ad Nova</p> <p>Sagunto</p> <p>Valentia</p> <p>Sucrone</p> <p>XXVIII</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p> <p>XXV</p>	<p>380.1. Tarasgonas</p> <p>Saguntum Finis</p> <p>394. 5. Terraconem</p> <p>6. Sallum</p> <p>7. Pion</p> <p>8. Treae Capita</p> <p>9. Dentosa</p> <p>10. Lubricatum</p> <p>11. Ildum</p> <p>12. Imbilii</p> <p>13. Saguntum</p> <p>14. Valentia</p> <p>15. Sucrone</p> <p>7. Pontum</p> <p>Sucrone</p> <p>8. Aternum</p> <p>9. Setaurum</p> <p>10. Turres</p> <p>11. Elee</p> <p>12. Cabret</p> <p>14. Lucentes</p> <p>16. Alton</p> <p>18. Carthago Partharia</p>	<p>343.1. Sebabi</p> <p>2. Turres</p> <p>16. Dio</p> <p>17. Aternum</p> <p>3. Edele</p> <p>4. Caben</p> <p>5. Lucentes</p> <p>6. Ad Leones</p> <p>7. Ilice</p> <p>8. Carthago Partharia</p>	<p>54,20. Terragona</p> <p>21. Sallum</p> <p>22. Pion</p> <p>23. Treae Capita</p> <p>24. Dentosa</p> <p>25. Lubricatum</p> <p>51521. Ildum</p> <p>2. Imbilii</p> <p>3. Saguntum</p> <p>4. Valentia</p> <p>5. Sucrone</p> <p>7. Aternum</p> <p>8. Sebabi</p> <p>9. Turres</p> <p>6. Dnum</p> <p>7. Aternum</p> <p>10. Edele</p> <p>11. Cabene</p> <p>12. Ad Leones</p> <p>13. Ilice</p> <p>14. Carthago Partharia</p>	<p>Terracone</p> <p>Dentosa</p> <p>Saguntum</p> <p>Valentia</p>

transversales. También se ha identificado otro camino que desde Alcalá de Chivert llevaba hasta Teruel. (Véase cuadro en página anterior).

2.4. Las villas

La ordenación del territorio, mediante la fundación de ciudades y la creación de establecimientos agrícolas, comúnmente conocidos con el nombre de villas, es consustancial a la cultura romana. En la vida de estos últimos pueden diferenciarse dos períodos claramente diferenciados: el Alto Imperio, con predominio de villas-unidades de explotación, no demasiado grandes ni lujosas, y el Bajo Imperio, donde se constata una reducción en el número de establecimientos, que, a cambio, se hacen más amplios y lujosos. Tarradell (1965) y Llobregat (1980, 104 ss.), son los únicos autores que, de un modo general, han planteado este problema en el País Valenciano. El primero considera que el relativamente elevado número de villas romanas detectado allí donde se han realizado prospecciones y la escasa riqueza que muestran indican que estamos ante una sociedad no latifundista, y que la mayoría de las villas corresponden a época altoimperial. Llobregat, por su parte, si bien acepta este punto de partida, matiza que con el comienzo del Bajo Imperio tiene

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

lugar un cambio en la estructura del poblamiento, en dirección a una mayor ruralización, con el traslado al campo de gentes que antes habitaban las ciudades. Describe una serie de yacimientos que comienzan precisamente en época bajoimperial y perduran hasta la expulsión de los moriscos. Ambas tesis, expuestas por los mejores conocedores de la arqueología romana valenciana, son perfectamente válidas y complementarias. Pero si reflexionamos sobre lo que conocemos acerca de la arqueología de las villas romanas valencianas, se abre ante nosotros el panorama más desolador de la arqueología romana del País. No hay una sola villa excavada en su totalidad de manera científica en los últimos años (casi podríamos decir siglos), y para tener alguna idea de la estructura y organización de alguna de ellas hay que recurrir a excavaciones del siglo XVIII en el Puig de Cebolla y Baños de la Reina de Calpe. Las excavadas durante el siglo actual, o bien contribuyen a ensombrecer aún más el panorama –caso de la villa de Les Xauvelles, en Villajoyosa– (BELDA, 1947, 167 ss.; 1948, 167 ss.), o bien lo excavado es demasiado poco para obtener una visión de conjunto, caso de la villa del Puig de Benicató (GUSI y OLARIA, 1977, 101 ss.). Todo lo que conocemos de la inmensa mayoría de las villas se reduce a prospecciones superficiales, sondeos exploratorios y, en algunos casos, excavaciones furtivas que han des-

montado en ocasiones gran parte de ellas. Aunque la simple prospección, cuando va acompañada de un detenido estudio del material, puede revelar datos muy interesantes (caso de la villa de la Catorzena de Potrías, estudiada por J. Gisbert recientemente (1982, 7 ss.), ello no es en modo alguno suficiente.

A la luz de estos datos, cualquier síntesis que pueda hacerse pecará de incompleta. Nuestra propia experiencia en la provincia de Alicante nos ha hecho ver que son numerosas las explotaciones agrarias que se instalan en los fértiles valles del Vinalopó y del Segura y en las tierras llanas de las comarcas altas, caso de la Hoya de Alcoy, a partir de los últimos años del siglo I a. C., y durante el I d. C., siendo sus materiales más antiguos la *terra sigillata* aretina en unos casos y la hispánica y sudgálica en otros. Es el caso de las villas de El Campet (Novelda), Monforte, La Marquesa, Los Arenales, etc.; sólo en el primer caso se detecta en las proximidades cerámica de barniz negro e incluso cerámica ática de figuras rojas. En los dos primeros, la cerámica romana coexiste con numerosos restos de cerámica ibérica geométrica, pero de formas y decoraciones avanzadas, lo que viene a demostrar que buena parte de sus pobladores son iberos que, de grado o a la fuerza, han abandonado sus pobla-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

dos para integrarse en el sistema económico de la romanización. No suelen proporcionar materiales tardorromanos, al menos en cantidad apreciable, por lo que parece que tras la crisis del siglo III dejaron de existir o redujeron considerablemente su actividad. La cerámica más abundante es, con mucho, la *terra sigillata* clara A.

La hipótesis de Llobregat que apunta a la creación de nuevos núcleos de población rural en época tardorromana, que tendrán perduración hasta la Edad Media, se comprueba ante todo en lugares altos, como el Fontcalent (Alicante) y El Sambo (Novelda), pero no conocemos villas exclusivamente bajoimperiales; incluso la de Villajoyosa, quizás la única que podría considerarse como tal, ha proporcionado restos suficientes de épocas anteriores que permiten suponerle un origen altoimperial e incluso anterior. En época tardorromana continúan ocupándose asimismo –y quizás con mayor asiduidad– una serie de cuevas que con frecuencia muestran restos anteriores; algunas de ellas (Mal Paso, Maravelles) han sido ya estudiadas (FLETCHER, 1954, 187 ss.), y otras están siendo objeto de trabajos en curso (BOIRA, por J. Vicens). Para la Plana de Castellón, M. Rosas ha constatado, en un trabajo reciente, que los asentamientos bajoimperiales se encuentran casi siempre en zonas altas, lo que vie-

ne a confirmar, en otra área geográfica, lo más arriba indicado (ROSAS, 1980, 294 ss.). Parece, pues, que en esta época las gentes buscan en el País Valenciano una mayor seguridad y protección, y por ello se refugian en el interior de las ciudades amuralladas o en lugares altos de difícil acceso. Es cierto que queda mucho por estudiar y que no sabemos si se trata de un fenómeno generalizado o se limita sólo a ciertas zonas. No tenemos constancia histórica de que la inseguridad fuera mayor en el País Valenciano que en otras áreas donde, sin embargo, florecen las grandes villas en las tierras bajas. El argumento *ex silentio* tiene muy poco valor en arqueología, y por tanto no podemos tener la certeza de que en el futuro no aparezcan las características villas bajoimperiales. Es más, el amplio conjunto de villas que circunda el Tossal de Manises parece que floreció precisamente en época bajoimperial.

La relación de villas romanas en el País Valenciano es amplia y prolija, aunque en la mayoría de las ocasiones con el término “villa” se designa cualquier lugar donde se ha encontrado materiales romanos. En la Península Ibérica, el panorama no es mucho mejor que en el País Valenciano, y dos estudios de conjunto recientemente publicados (GORGES, 1979; FERNÁNDEZ CASTRO, 1982) adolecen de ser sínte-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

sis sobre materiales escasamente fiables. Según el inventario del primero, tendríamos un total de 109 villas, distribuidas entre Alicante (25), Castellón (13) y Valencia (71). A ellas habría que añadir las de El Campet, Monóvar, La Marquesa, Petrel, Alcoy, Alicante, La Safor, etc., descubiertas en los últimos años. De las villas por él estudiadas, siempre con base en los materiales publicados, identifica un único foco de época republicana en los alrededores de Cartagena, y un florecimiento augústeo en los alrededores de Liria, entre Castellón y Valencia y en los alrededores de Villena e Illici; a ello tendríamos ahora que añadir las del valle medio del Vinalopó. Durante el siglo I d. C., aumenta el número en las zonas del interior, algunas de ellas muy lujosas, y también en la costa, probablemente como villas-factorías; entre éstas habría que incluir las del Cabo de las Huertas y el Moncayo, en Alicante. La concentración es especialmente densa, pues, en los valles del Turia, Vinalopó y Segura, en la huerta de Valencia y en determinados lugares de la zona costera. Para el período bajoimperial no se cita ninguna villa en todo el País Valenciano.

El mejor estudio sobre villas romanas aparecido en los últimos años es, sin duda, el de Marta Prevosti (1981), sobre las villas del *territorium* de Baetulo, cuyo interés aumenta si te-

nemos en cuenta que previamente se había publicado el estudio arqueológico de la propia ciudad. Plantea una serie de consideraciones que son perfectamente aplicables a lo poco que conocemos del País Valenciano. En primer lugar, que con el nombre de villa se suele designar todo tipo de construcción rural, cualquiera que sea su significado, aunque para la autora deben existir dos requisitos fundamentales: que los muros, o al menos su zócalo, sean de piedra, y que cuente con algún pavimento de *opus signinum*, ladrillo o mosaico. Atestigua M. Prevosti que a fines del siglo II a. C., y principios del siguiente comienzan a establecerse villas en la llanura, como consecuencia de la colonización a la que responde también la fundación de *Baetulo*. Los iberos abandonan sus poblados para asentarse en la ciudad o en las villas, proceso que se acentúa a lo largo de los siglos I y II d. C. En cambio, en época bajoimperial se localizan bastantes menos establecimientos, y se detecta un fenómeno general, incluso en las villas más ricas: el tanto por ciento de cerámicas finas es en esta época bastante menor que lo fue el de sus equivalentes altoimperiales. Esto podría explicar, por un lado, la escasez de cerámicas bajoimperiales, y por otro la escasez de yacimientos de esta época, ya que si en los más ricos se da este fenómeno, no sería de extrañar que los más pobres ni siquiera poseyesen ese tipo de cerámica. Pero cuando se ha

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

intensificado la prospección, dice la autora, casi siempre se han encontrado cerámicas del siglo IV allí donde antes se creía que la vida acababa en el III. Si esto, como creemos, es aplicable al País Valenciano, hemos de concluir que el argumento *ex silentio* en el que se podría basar una cierta “latifundización” bajoimperial caería por su peso, sobre todo si tenemos en cuenta que no conocemos aún ninguna de las villas características de estos latifundios.

A veces las villas no se encuentran aisladas, sino que forman parte de un amplio conjunto de explotaciones agrarias, estructurado o no en forma de centurias. En el País Valenciano se han detectado algunas agrupaciones de villas, principalmente en aquellas zonas prospectadas con mayor intensidad: Villar del Arzobispo, en cuya comarca se han detectado 21 yacimientos con restos romanos, de distintos tipos y épocas (LLATAS, 1954, 153 ss.), Pedralba y Bugarra, con 16 (MARTÍNEZ PERONA, 1975, 183 ss.), La Safor, con 36 (APARICIO *et alii*, 1983), Villena, con 4 (SOLER, 1976; 1982, 25 ss.) e Illici, con 24 (RAMOS, 1976, 209 ss.). Como la inmensa mayoría de estos yacimientos están sin excavar y sin estudiar, es posible que muchos no correspondan estrictamente a villas, e incluso que se hayan contabilizado como tales diversas construcciones pertenecientes a un mismo

conjunto. De cualquier forma, se manifiesta claramente que los restos romanos son muy abundantes allí donde se han buscado, dándose el caso, como en La Safor, de que constituyen el mayor número de yacimientos de toda la comarca. Algunos de estos conjuntos de villas se estructuran en centuriaciones, como la ya citada de Elche, donde Rafael Ramos localiza 24 establecimientos agrícolas dispuestos uno por centuria y siempre en el borde de los caminos que las delimitaban.

Sobre las centuriaciones romanas del País Valenciano estamos relativamente bien informados, ya que varias de ellas se estudiaron en el volumen general sobre *Centuriaciones romanas en España* (1974), y otras varias se han localizado con posterioridad: una en los alrededores de Denia (LLOBREGAT, 1983, 225 ss.), otra entre Sax y La Torreta, cruzada por el Vinalopó (PONCE, 1982), y una tercera en la Plana de Castellón (BAZZANA, 1978, 277 ss.). Hay que advertir, no obstante, que el trazado teórico de las centuriaciones, cuando no va acompañado de un estudio arqueológico del terreno, puede resultar engañoso, ya que repartos de lotes de tierra los ha habido en muchas ocasiones, y no siempre se da en las estrictamente romanas el cuadrado característico de 711 metros de lado.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

En el libro sobre las centuriaciones citado, se identifican como romanas una entre Pinoso y Monóvar y otra en Illici, quizás la más clara de todas, ya que la parcelación actual de la red de caminos y de acequias sigue aún la estructura general de la centuriación. El *cardo maximus* de la *centuriatio* corresponde a la actual carretera de Elche a Dolores, precisamente la que lleva hoy a la Alcudia. Algo parecido ocurre en la Acequia de Montcada y en la Plana de Castellón, donde López Gómez identifica tres parcelaciones, quizás en relación con la ya indicada de Bazzana, aunque en este caso el módulo parece ser algo mayor de lo normal, en torno a los 1.160 metros de lado. Muchas de estas atribuciones han sido puestas en duda por Gorges recientemente (1979), y, como ya hemos indicado, es un tema que, al igual que el de las calzadas, ha de ser tratado con el mayor de los cuidados.

2.5. Campamentos militares

Algunos de los restos romanos conservados deben corresponder a campamentos e instalaciones militares, agrupados en dos grandes períodos: el de la conquista y el tardorromano, pues en los siglos de esplendor del Imperio no hay noticias de acantonamiento de tropas ni huellas del paso de destacamentos legionarios, como ocurre en la Bética, donde en-

contramos ladrillos con la marca de la *Legio VII Gemina* en varios lugares.

Para la época de la conquista contamos con el testimonio de Tito Livio (XXVIII, 34) sobre el establecimiento de una guarnición en el río Sucro (Júcar), que según algunos autores (KNAPP, 1977; LLOBREGAT, 1980, 39 ss.), debió perdurar en forma de campamento al menos hasta la fundación de *Valentia*. Pero de él no queda ningún resto arqueológico. Del que sí se creía que se conservaban restos era de otro campamento, fundado por Escipión en el año 217 a. C., que Polibio (III, 97, 4) indica fue el lugar donde acampó su ejército antes de la toma de Sagunto. Diversos autores lo identificaron con un recinto amurallado existente en las proximidades de Almenara (CHABRET, SCHULTEN, GARCÍA y BELLIDO). Schulten, que estudió el terreno (1928), localizó un recinto trapecial, con murallas de 1'20 metros de ancho, 16 torres y puertas protegidas por dos torres. En su interior, el terreno se encontraba aterrizado. García y Bellido aceptó la sugerencia de Schulten y lo describe como un campamento de verano con capacidad para dos legiones, pero sin construcciones en su interior, pues ya el propio Schulten se había hecho eco de trabajos anteriores que indicaban que sólo se había encontrado en su interior cerámica medieval, por

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

lo que suponía que las construcciones interiores eran posteriores al campamento (GARCÍA y BELLIDO, 1976, 64). Recientes trabajos llevados a cabo por el Servicio de Investigación Arqueológica de la Diputación de Castellón han llegado a la conclusión de que también el recinto es medieval, ya que la técnica constructiva es idéntica a la de los edificios interiores, que sólo proporcionan cerámica medieval (ARASA, 1980, 221 ss.).

Para la época tardorromana estamos aún peor informados. No conocemos vestigios arqueológicos de paso de tropas que, durante la crisis del siglo III, se opusieran a las supuestas invasiones germánicas, ni tampoco las fuentes literarias tardías que mencionan tropas en la Península Ibérica hacen referencia alguna a cuerpos de ejército aquí acantonados (ARCE, 1983, 63 ss.). Sólo tenemos la indicación de que alguno de los yacimientos tardíos que aparecen en esta época en los lugares altos pueden corresponder a fortines defensivos. Pero en tanto no dispongamos de memorias de excavación detalladas, que describan las construcciones y los materiales en ellas aparecidos, será imposible precisar más. Tal vez, como más arriba se apuntó, el florecimiento de hábitats en lugares altos que se observa en esta época tenga algo que ver con un cierto clima de inseguridad, aunque no se trate estrictamente de establecimientos militares.

Ha llamado la atención el hallazgo, en la provincia de Castellón, de algunos materiales bajoimperiales, sobre todo puñales de tipo de los de la Meseta, relacionados por Palol en un determinado momento (1964, 77 ss.), con *foederati* o *limitanei* germanos, esto es, agrupaciones de tropas acantonadas en el Duero que defendían un limes interior. Pero en publicaciones más recientes el propio Palol (1977, 297 ss.), tras reconsiderar su hipótesis, cree que se trata más bien de necrópolis correspondientes a las lujosas villas de la Meseta, que contaban con verdaderos ejércitos privados. Los materiales de esta necrópolis han aparecido en lugares tan alejados como Lugo y Castellón, pero en cantidades tan exiguas que no permiten considerarlos como parte del armamento de unos ejércitos –oficiales o privados– defensores de unas villas que en el País Valenciano ni siquiera han aparecido. Además, uno de los hallazgos de Castellón procede de un poblado altorromano y no de una necrópolis, por lo que es lógico pensar que se trata de materiales llegados aquí siguiendo el mismo cauce comercial que sirvió a la expansión de las cerámicas tardías y de otros materiales coetáneos.

Restos de un recinto amurallado tardorromano parecen conservarse en la ladera del Peñón de Ifach (Calpe), donde los sondeos realizados por C. Aranegui (1980, 421 ss.), han pro-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

porcionado materiales datados entre la época constantiniana y el siglo VI d. C.

2.6. Arquitectura privada

En lo que respecta a la arquitectura privada no monumental ni funeraria, lo único que conocemos por arqueología es lo ya comentado más arriba: las casas de Illici y del Tossal de Manises, los almacenes de Santa Pola y algunas noticias aisladas sobre hallazgos de fustes de columna, basas o capiteles en unos u otros lugares. Poca cosa, cuando contamos con ciudades como *Saguntum*, *Valentia*, *Lucentum*, *Illici*, *Portus Illicitanus*, etc.

Tampoco estamos mucho mejor informados de las villas; 109 villas sobre un total de 1.188 recogidas por Gorges (1979) no es mal porcentaje (9'1%), pero si lo comparamos con el obtenido del libro de M. C. Fernández Castro (1982), que sólo toma en consideración las villas bien conocidas o que al menos hayan sido objeto de una excavación parcial, el porcentaje se reduce a 7 entre 146, esto es, a un 4'7%. De estas siete, tan sólo dos (Pujol de Benicató y Puig de Cebolla) pueden estudiarse con cierto detenimiento, y si tenemos en cuenta que esta última se excavó en el siglo XVIII, es indudable que la investigación arqueológica valenciana no brilla

en este campo a demasiada altura. Ambas villas corresponden al tipo de villa señorial, de peristilo con estanque circular la primera y de pórtico, quizás con torres, la segunda. De las demás, bien poco puede decirse. La datación tradicional de la villa de Benicató, entre los siglos II y V d. C., ha sido precisada recientemente por las nuevas excavaciones de Gusi y Olaria (1977, 101 ss.), que fijan su origen a fines del período republicano, con un momento de apogeo entre el 150 y 250 d. C., época a la que corresponden los mosaicos conservados. Tras un período de abandono, la villa vuelve a habitarse en el siglo IV, aunque con una gran pobreza. De la del Puig de Cebolla sólo puede decirse que los mosaicos, estudiados por Balil (1970), datan del siglo II d. C., momento que debió ser el de esplendor de la villa.

2.7. *Arquitectura monumental*

Tenemos noticias y restos arqueológicos de algunos monumentos de carácter público y religioso, aunque ninguno de ellos ha sido objeto de un detenido estudio. Se atestiguan templos en Sagunto, Liria, Valencia, *Lucentum*, Almenara e Illici, y cada uno de ellos presenta su propia problemática. Mucho se ha escrito sobre el templo de Diana en Sagunto, que Plinio (XVI, 216) coloca al pie de la ciudad y que –di-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

ce— fue respetado por Aníbal. Varios epígrafes aparecidos en la ciudad con el nombre de la diosa confirman la existencia de un culto a Diana, y, posiblemente también la de su templo, aunque no conocemos ningún resto arqueológico que pueda relacionarse con él. Como se indicó más arriba, hoy no se considera válida la suposición de García y Bellido de que el lienzo de muro megalítico formara parte del *podium* del templo, ni tampoco que sea resto suyo el fragmento de friso dórico con triglifos y metopas que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Valencia. El Conde de Lumiares y Ceán Bermúdez, recogiendo noticias del anterior, describen posibles templos en la parte superior del castillo, pero salvo el antiguo plano de Laborde (1975) no contamos con ningún documento fidedigno.

De Liria se conocen restos de un ninfeo, descrito y litografiado por Laborde. En su época se conservaba también una galería excavada en la roca, con respiraderos, que podría corresponder a un acueducto. Lo que Laborde llama ninfeo consiste en un edificio de planta rectangular absidada en cuyo interior se encontró, según se dice, una *tabula ansata* con una inscripción referente a que *Q. Sert(orius) Euporistus Sertorinus* y su mujer *Sert(oria) Festa* construyeron un *Templ(u)m N(y)mpharum* (CIL, II, 3786).

De *Valentia* tenemos noticias de los siglos XVI y XVII que nos hablan de la existencia de restos de un templo dedicado a Hércules en el que se conservaban estatuas, pedestales y bancos o gradas (LLOBREGAT, 1980, 94).

En el Tossal de Manises supone Llobregat (1980, 100) que se alzaría un templo de Juno que Hübner atribuye a Elche (CIL, II, 3557), pero del que no se conservan restos arqueológicos. De Illici tenemos otro templo reproducido en monedas de época de Augusto, con la leyenda *lunoni* en el friso. Se trata de un templo tetrástilo cuyos rasgos, sumamente esquemáticos, no permiten una mayor interpretación. Rafael Ramos supone que de este templo pueden ser algunos restos conservados en el Museo de la Alcudia, a los que ya nos hemos referido: basas sin plinto, capiteles jónicos de piedra estucada, comisa moldurada, todo lo cual apunta a un templo de finales de la República o de comienzos del Imperio. No menos interesante es la supuesta basílica visigoda excavada en el siglo XIX y hoy bastante deteriorada. El estudio fundamental sigue siendo el que ya hace años le dedicó Schlunk (1947, 335 ss.), al que han seguido otros de Palol (1967, 64 ss.), y Fontaine (1973, 393), pero sin que contemos todavía con una publicación moderna. Parece que se trata de una sinagoga datada, por la cronología de sus mo-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

saicos, en el siglo IV d.C., a la que en un momento posterior se le añadió un ábside para convertirla en iglesia, al tiempo que se reformaba la entrada y el interior.

De difícil interpretación es el supuesto templo de Almenara, que desde hace algún tiempo se viene considerando, creemos que con razón, como un conjunto de edificios funerarios. El estudio más amplio es el que hace algunos años le dedicó Alcina Franch (1950, 18 ss.), que llegó a identificar tres edificios (A, B, C). Desde entonces, éstos han sufrido los embates del tiempo y de los bárbaros, y han resultado bastante dañados, si no destruidos. Hacia 1965, N. Mesado (1966, 177 ss.) sólo pudo identificar parte del C cuando realizó un estudio de los restos. En el sondeo que llevó a cabo en su interior encontró varias tumbas, aunque sin ajuar. Hay muros construidos con técnicas diferentes y parece, según este autor, que dicho monumento se reutilizó en época medieval. La planta reexcavada, aunque sólo se conserva en parte, es bastante parecida a la que en su día dibujó Chabret, con tres naves alargadas, las laterales más anchas que la central. Alcina, años antes, aún pudo reconstruir la planta de otro edificio de forma rectangular con un pequeño ábside cuadrado. Entre sus restos aparecieron fragmentos

de basas, fustes, e incluso de alguna inscripción funeraria, lo que vendría a confirmar plenamente su carácter.

Otros posibles templos son aún más difíciles de estudiar; así, el que Laborde coloca en Játiva y el que Palau creyó identificar en Denia (1975), porque los objetos en los que basa su argumentación (estatuas, mosaicos, columnas, pedestales de estatuas, etc.), pueden corresponder a cualquier edificio monumental y no necesariamente a un templo. (Cf. CHABÁS, 1972, 20 ss.).

Especial interés revisten un conjunto de santuarios en lugares elevados que son, en muchos casos, perduraciones en época romana de otros más antiguos. El único del que se poseen datos fidedignos es el de Santa Bárbara, en Nules (Castellón). Por los materiales en él encontrados (VICENT, 1979, 181 ss.), y sobre todo del estudio de las monedas, se deduce que el santuario tuvo tres momentos de auge (ss. III-II a.C., 50-150 y 260-400 d. C.) (RIPOLLÉS, 1979), aunque parece que el período de mayor esplendor fue el segundo. Vicent i Cavaller relaciona este santuario con el de la montaña Frontera, en Sagunto, donde hay materiales prerromanos y romanos, entre ellos inscripciones y aras. Ubicación semejante tiene el santuario de la Serreta de Alcoy, aunque aquí, si los materiales que se conservan en el Museo de

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Alcoy no han sido alterados, existe una clara diferencia entre el poblado ibérico, donde no aparece *terra sigillata*, y el santuario, donde precisamente lo más antiguo es la *terra sigillata*. Si ello es cierto, todo el conjunto de exvotos que procede del santuario habría que datarlo en época romana, por más que alguno de ellos muestre gran semejanza con los de otros más antiguos. Un santuario hoy completamente destruido debió ocupar la parte más elevada del castillo de Guardamar, que hemos excavado recientemente, por sus laderas se encontraban diseminados numerosos fragmentos de pebeteros ibéricos de tipo semejante a los de la Albufereta, aunque mucho más toscos, que alcanzan un elevado porcentaje del total de hallazgos. Entre los materiales aparecieron también cerámicas de barniz negro, *terra sigillata* y *lucernas* romanas (“Sobre los santuarios alicantinos”, ABAD, 1984 y 1985).

Entre los edificios públicos de uso ciudadano contamos con las noticias de algunas termas descubiertas en el Tossal de Manises e Illici, de las que no se conservan restos (MORA, 1981, 37 ss.). A ellas habría que añadir las de Bigastro, conocidas ya desde muy antiguo (CEÁN, 1832), y también el mercado de Villajoyosa citado en una inscripción (CIL, II, 3570).

De foros sólo conocemos el citado en una inscripción monumental de Sagunto, quizás donado por un miembro de la familia de los *Baebii* (BELTRÁN LLORIS, 1980).

De edificios dedicados a espectáculos públicos sólo conocemos el teatro y el circo de Sagunto. El primero, conocido desde tiempo inmemorial, ha sido objeto de restauraciones que no han tenido en cuenta su estructura antigua ni la necesidad de realizar excavaciones previas. Es, pese a todo, uno de los principales monumentos de la arqueología romana valenciana, y recientemente ha sido objeto de dos estudios complementarios; el de A. Almagro (1979, 165 ss.), que levantó la planimetría fotogramétrica del monumento, y el de M. Beltrán (1983, 153 ss.), que ha realizado el primer estudio arqueológico serio de un monumento romano del País Valenciano. Según él, el teatro dataría de finales del siglo I a. C. y sufriría progresivas reformas hasta adquirir su configuración definitiva en el siglo II d. C. Su aforo se ha calculado en unos 8.000 espectadores.

El circo fue objeto hace años de un trabajo de S. Bru (1961, 207 ss.), que constituye, junto con el plano y la descripción de Laborde (1975, 50 ss.), nuestra principal fuente de conocimiento sobre un monumento hoy casi destruido y que me-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

recería un trato bastante mejor del que se le ha dispensado. Su aforo se calcula en unos 10.000 espectadores.

En las cercanías de Cabanes conservamos los dos pilares y la rosca de un arco monumental cuyo cuerpo superior ha desaparecido. Las pilas están formadas, de abajo arriba, por un toro muy dañado, una amplia basa cuadrangular compuesta por cuatro sillares sobre la que asienta una moldura formada por una *cyma reversa* –escindida longitudinalmente por una estría– y un filete, que da paso a la pila propiamente dicha, rematada por una moldura semejante a la inferior. El conjunto recuerda bastante la estructura de los podios de los templos que A. Jiménez (1975, 253 ss.), ha identificado con la “arquitectura de la romanización”, que en España no suele ir más allá del año 50 d. C. Si esta datación, falta aún del estudio arqueológico minucioso que esperamos llevar a cabo en un futuro próximo, es correcta, nos encontraríamos ante un monumento altoimperial, quizás de la propia época de Augusto, en relación con la reforma de la vía Hercúlea que hizo cambiar su nombre por el de *Augusta*. Oliver y Palomar (1980, 119 ss.), han apuntado la posibilidad de que sea tardío, pero los escasos datos de que disponemos abogan más bien por lo contrario. Hace algunos años, G. Andreu (1955, 149 ss.), recogiendo noticias antiguas, dio cuenta de

que en un pozo próximo se encontraron varias piedras con molduras como las arriba indicadas, que debieron pertenecer al cuerpo superior, y fragmentos de columnas que no creemos correspondan al arco, pues no es probable que estuviera decorado con columnas exentas.

Semejante a este arco debió ser otro cuyos restos se conservan en el paraje denominado Pla de l'Arc, en Liria: un machón muy mutilado o, lo que es mejor, parte de él. Sobre un zócalo de dos hileras de sillares se asienta otra de menor altura, con una moldura muy similar a la correspondiente del arco de Cabanes, pero que sólo existe en dos de los lados del sillar, quedando los otros dos completamente lisos. Tenemos aquí, por tanto, sólo una parte del pilar original, que debía ser de dimensiones bastante mayores. Según el dibujo de Laborde, ya se encontraba en su estado actual a comienzos del siglo XIX, pero es posible que se trate de un montaje moderno, aunque sobre una base antigua y cierta.

Tenemos atestiguados otros varios arcos en la epigrafía. Una inscripción que tradicionalmente se ha venido considerando de Elche (CIL, II, 3558), nos habla de que (...) *Porcio Rufino* (...) (...) arcum fecit. Tarradell y Llobregat (1980, 99) creen que su lugar de procedencia es la zona de Benalúa, en Alicante, y la ponen en relación con las noticias que hablan

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

de un acueducto en la zona de La Alcoraya. En este caso, *arcum* no haría referencia a un arco de triunfo, como podría suponerse, sino a uno de los arcos de un acueducto. Resulta extraño, sin embargo, que se mencione un acueducto con la palabra *arcum*; además, en el caso de que se tratara de la reconstrucción parcial de uno de sus arcos, debería decir *refecit* y no sólo *fecit*. Es un arco, pues, difícil de interpretar, pero alguna luz puede obtenerse de la comparación con otro arco de Jérica, en la provincia de Castellón, que conocemos también a través de una inscripción (CIL, II, 3997): *Quintia Proba sibi et Rufo Porcio Rufino arcum fecit et statuas superimpos(uit)*... (Transcribimos sólo la parte de la inscripción que nos interesa en este momento). Se trata de una mujer que construye un arco adornado con estatuas para sí y para otras dos personas, tal vez parientes. Ello excluye la posibilidad de que se trate de un acueducto, y aunque resulta difícil dilucidar a qué tipo de arco se refiere en concreto, no parece aventurado suponerle un cierto sentido funerario. Algo parecido debe ocurrir con la inscripción de Benalúa ya citada.

2.8. Obras públicas

Tenemos un número relativamente elevado de acueductos atestiguados bien sea por inscripciones bien sea por restos

materiales. Entre las primeras, contamos con dos de Valencia estudiadas recientemente por Pereira (1979, núms. 27 y 70); la primera (...*uliu / ..io . loco / ... um qui aquam trahi / ...m a porta sucronens(is) / ... emptum . v. kal. maias*, en cuya segunda línea también podría leerse ... *mpto . loco .*) se refiere a un (*aquaeduct*)*um* que hacía llegar el agua desde la puerta de Cullera al interior de la ciudad. La segunda menciona un ... *castellu...* que bien podría corresponder a un *castellum aquae*. Otra inscripción con la posible mención de una conducción de agua la tenemos en Denia, y la parte que nos interesa reza así: (...)*bribus . per . loca / (...) cilia. am(pl)issimo / (su)mptu inductis* (CIL, II, 3586 y Suppl. 5961).

Restos arqueológicos de acueductos, entendiendo por tales no sólo las *arcuationes*, sino todas las obras que tienen como fin la conducción de agua, los tenemos atestiguados en el valle del Mijares, donde J. M. Doñate (1966, 203 ss.), descubrió dos ramales de un acueducto que en documentos del siglo XVI se cita como “cequia que va a Morvedre” y está compuesto por tramos excavados en la roca, a cielo abierto o en galería, y por arcadas que salvan los desniveles más profundos, como el del río Seco, donde se conservan dos pilas de mampostería, de las nueve de que debió constar, con tajamares de sillería. Cree el autor citado que el principal fin

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

de estos acueductos era el regadío, aunque es posible que llegaran a abastecer a la Nules romana e incluso, si los documentos antiguos tienen razón, a la propia Sagunto. Ruinas de un acueducto vio Laborde en las proximidades de esta ciudad (1975) y de él nos habla también Chabret (1888, II, 131 ss.); en la zona conservada, al oeste de la ciudad, consistía en un muro continuo con *specus* descubierto en su parte superior.

En el interior del país, y siguiendo el valle del Turia, se conservan restos del más monumental de los acueductos romanos valencianos: el de Chelva, descrito en su día por Cavanilles y Laborde (1797, 64 ss., 1975, 63 ss.), y aún huérfano del estudio que merece, por más que en fecha reciente haya recibido la atención de Fernández Casado (1972). Según este autor, tomaba las aguas de los manantiales llamados “Chorros del Tuéxar”, y al poco cruzaba la rambla de los Arcos –topónimo muy sugerente– por medio de seis arcos que en época de Laborde aún se mantenían parcialmente en pie; a continuación seguía en forma de canal abierto en la roca, dejando un testigo entre las dos paredes en algún lugar, y más adelante salvaba un nuevo desnivel por medio de tres pilares escalonados que aún hoy se conservan y que alcanzan los 33 metros de altura; son de

opus quadratum, y su tipología constructiva parece más propia de puente que de acueducto. A la salida de este tramo, el canal corta profundamente la roca, hasta una profundidad de 25 metros, para mantener la pendiente adecuada; más adelante, este tajo se transforma en túnel.

Restos de otro acueducto, en parte excavado en la roca y con respiraderos al exterior, vio Laborde en Liria, en relación con el ninfeo de que ya hablamos.

Muy interesante es asimismo el conjunto de acueductos del término de Ribarroja del Turia, que se extiende a lo largo de varios barrancos, aunque la mayor concentración parece darse en el de Porchinos. Estos acueductos, sobre los que Fletcher ha llamado repetidamente la atención desde el año 1956, están aún sin publicar, y alguno de ellos corre peligro inminente de hundimiento. Esperamos que los trabajos de investigación ya realizados o en curso de realización se publiquen pronto y sitúen este conjunto monumental en el lugar de privilegio que le corresponde dentro de la arqueología valenciana. Es de todo punto necesario estudiarlos con detalle, ya que sus restos no se limitan a los espectaculares lienzos visibles, sino que, como ya en el siglo XIX decía Ceán Bermúdez (1832), hay “ruinas y pilares de dos acueductos ro-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

manos, ya descubiertos, ya excavados en peña viva, ya ocultos o semisubterráneos, atravesando lomas y eminencias”.

En la provincia de Alicante se conservan restos de un acueducto en las proximidades de Altea, dado a conocer por el P. Belda hace años, y de otro, dudoso, en la zona de Campoamor; éste discurre en parte a cielo abierto y en parte de forma subterránea, con tubos cerámicos enchufados, a la manera de algunos canales romanos de Illici y Santa Pola. Importante es también la llamada “Acequia de los Enamorados”, acueducto que desde el pantano de Tibi llevaba el agua a la antigua *Lucentum* y que actualmente se encuentra en estudio (ABAD, 1984b).

2.9. Necrópolis

Las necrópolis romanas que conocemos en el País Valenciano son varias, pero ninguna de ellas ha sido excavada completamente, y la única que lo ha sido en bastante extensión, la de la Boatella en Valencia, está aún sin publicar. Actualmente se encuentra en proceso de excavación otra necrópolis en el término de Altea (Alicante), que está proporcionando abundante material, al parecer tardío, pero de la que no existe todavía ninguna publicación.

En la provincia de Castellón, el conjunto funerario más importantes es el de Almenara, hoy al parecer destruido, y del que ya se ha tratado al estudiar los templos. Otro monumento interesante es el pequeño mausoleo que F. Arasa (1979, 149 ss.), ha publicado recientemente, aunque se conocía desde hacía tiempo, junto a la “Senda de la Palla”, que se supone era una vía romana. En las proximidades del edificio, una serie de materiales romanos confirman la adscripción cultural del monumento, aunque su cronología precisa es difícil de establecer.

De las necrópolis de Sagunto sólo conocemos las noticias de Chabret (1888, 88 ss.; 1897, 458 ss.), que aunque se centran principalmente en las inscripciones aparecidas, aluden también a numerosos sillares de piedra, algunos labrados con pilastras y otros adornos, que debieron pertenecer sin duda a edificios funerarios. La pieza más importante de procedencia saguntina es el fragmento de friso dórico que en alguna ocasión se interpretó como parte del templo de Diana y que no hace muchos años clasificó correctamente M. Almagro como resto de un monumento funerario del tipo denominado “de friso dórico” (1980, 127 ss.), característico del siglo I a. C., en gran parte de Italia. En la Península Ibérica tenemos otros varios, entre ellos uno en *Baetulo*, publicado

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

hace algunos años por Guitart (1976, 165 ss.). Ceán Bermúdez (1832) se refiere a un monumento cerca de Murviedro que conservaba relieves, inscripciones y grandes trozos de mármol con molduras. Chabret (1888, II, 96 ss.), cita otra en las proximidades del circo, que, según un testimonio antiguo, debía tratarse de un edificio de planta rectangular, con los lados mayores formados por seis pilares estriados que sostenían una arquería; los vanos estaban cerrados en su parte inferior por medio de bloques de piedra con epitafios grabados que sirvieron al mismo tiempo de pedestales para estatuas; las inscripciones han sido datadas recientemente por M. Beltrán (1980, 183 ss.), en los últimos años del siglo I y primeros del II d. C., lo que nos indica también la cronología del monumento. Los lados menores, macizos, tenían sus paramentos adornados con cuatro pilastras también acanaladas.

Torres funerarias del tipo estudiado, en su día por C. Cid (1949, 120 ss.), Balil (1979, 329 ss.), Jiménez (1975, 871 ss.), Gamer (1981, 71 ss.), y otros autores las tenemos atestiguadas en al menos dos lugares: Daimús y Villajoyosa. La primera se conservaba en bastante buen estado a comienzos del siglo XIX, en la casa del señor de la villa, pero fue desmontada en 1914, al parecer para evitar las continuas visitas de los curiosos. Hoy todo lo que se conserva son gran-

des sillares, fragmentos de pilastras y un trozo de la inscripción, reutilizados en los antiguos pesebres y en las paredes de las casas próximas. Según el dibujo de Laborde, que constituye nuestra principal fuente de información (1975, 91), tenía podium con cinco hileras de sillares –algo más salientes las dos inferiores– sobre fundamentos de hormigón; el estilobato lo constituía una *cyma reversa* entre dos filetes, que daban paso al cuerpo principal del monumento, algo más metido que el podium, con sillares almohadillados y pilastras corintias estriadas en los ángulos. Las basas de estas pilastras presentan una molduración compuesta por filetes, toros y escocias sobre plinto. En la cara principal del monumento, sobre la *cyma* del estilobato, una nueva moldura, formada por dos escocias, sirve de base a una cartela sobre la que se alzan otras dos pilastras corintias muy semejantes en todo a las laterales, aunque más pequeñas; en ella podía leerse la inscripción *Baebiae Quietae ex testamento suo*, de la que recientemente F. Pons (1973, s/p), ha recuperado un fragmento con la leyenda *quie / mento*, con letras de mayores dimensiones en el renglón superior. Dicho autor, el único que desde Laborde se ha preocupado seriamente por este monumento, ha propuesto un intento de reconstrucción válido en sus líneas generales, aunque la falta de documentación nos impide tener completa certeza de algunos puntos:

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

cómo era el cerramiento del vano central, cómo era el remate del propio monumento y si terminaba o no en *piramidion*. El interior de la torre, según el dibujo de Laborde, era una cámara cubierta con bóveda, cuyo suelo se situaba al nivel del tercer sillar del podium y cuya parte superior alcanzaba el de los capiteles. Se accedía por una puerta trasera que rompía el *podium*, el estilobato y parte de la primera hilada de sillares del cuerpo del monumento, y parece claro que se trata de una puerta moderna. El espacio comprendido entre las pilastras sobre la inscripción estaba cerrado, según Laborde, por una pared moderna; supone dicho autor que aquí podría estar el sarcófago, aunque parece más lógico suponer que se trate del nicho para albergar una estatua o relieve con representación de la difunta. No podemos saber, como ya se ha indicado, si la parte superior de este nicho sería adintelada o si, por el contrario, se cubría con un arco.

Los autores que tratan de este monumento añaden bien poco a lo descrito por Laborde. Quizás lo más interesante sean las noticias del Príncipe Pío (1852), que sólo menciona una inscripción funeraria, y de Ceán Bermúdez (1832, 37; 50), quien sufre una confusión y cita el mismo monumento en dos localidades diferentes (Ademuz y Ateymus) sin añadir nada nuevo. Ambos recogen, sin embargo, una noticia del

cronista Beuter (que ahora Ceán sí coloca correctamente en Daimús), en la que se indica que en el año 1506 se encontraron en las proximidades del monumento, debajo de una piedra de molino, los bustos de mármol de un varón con casco, de una mujer vestida a la romana y de una joven con el cabello trenzado, y por debajo una plancha de plomo que cubría algunos huesos, aunque no hay coincidencia en si éstos eran humanos o animales. ¿Tendríamos en alguna de estas figuras –posiblemente en la de mujer– la estatua de *Baebia Quieta* que hemos echado en falta en su monumento?

Muy parecida a esta torre es otra que se conserva en las cercanías de Villajoyosa, que se conoce como “Torre de Hércules” o de “San José” y que actualmente tenemos en estudio. Se compone de un podio de cinco hileras de sillares escalonados y de un estilobato en forma de talón que da paso al segundo cuerpo del monumento, de sillares sin almohadillar en este caso. Las pilastras quedaron sin acanalar y el capitel sin labrar, por lo que parece que la construcción quedó incompleta en sus últimos detalles. Las basas son muy semejantes a las de Daimús, y en el capitel se aprecian también los rasgos del orden corintio. Sólo se conservan *in situ* cinco hiladas de sillares, que en algunos lugares son seis, siendo todo el cuerpo superior de fábrica moderna. En

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

las proximidades se observan sillares que formaron parte del arquitrabe, consistente en tres platabandas, una gola de perfil poco acentuado y un toro; del friso, al parecer liso, donde tal vez debería haber figurado la inscripción conmemorativa; y de la cornisa, formada por una sucesión de molduras complejas. Al interior de la cámara se accede hoy por medio de una pequeña puerta, que ya existía en el siglo XVIII, dispuesta en el hueco de un sillar. La cámara se cubre con una bóveda de cañón de sillería, dispuesta a la altura de la sexta y séptima hiladas del cuerpo central del monumento, que en tiempos del Conde de Lumiares era aún visible (1852, 102) y que hoy se encuentra oculta por un falso techo moderno dispuesto a la altura del quinto sillar. Por debajo, y aproximadamente al nivel de las basas de las pilastras, otro techo moderno rompe la uniformidad de la cámara. Hace algunos años, los dueños de la finca, al realizar una limpieza en su interior, perforaron este techo y bajaron a la parte inferior de la cámara, donde aparecieron algunos objetos que hoy se conservan en el Museo de Villajoyosa, aunque su identificación no es del todo segura. Actualmente nos encontramos realizando el estudio del monumento, cuya reconstrucción ideal está ya realizada sobre el papel. No parece que existiera una cripta, ya que los ensanchamientos que conservan las paredes, aproximadamente al nivel del sillar

inferior del podium, difícilmente pudieron haber servido para sostener un piso. Hay que investigar aún los fundamentos de la torre, al parecer de hormigón, el posible almohadillado de la hilera inferior de sillares, que hoy en día se encuentra soterrada, y el sistema de remate. La cronología del edificio es indudablemente imperial, y los paralelos de basas y molduraciones parecen apuntar hacia la primera mitad del siglo II d. C., concretamente la época de Adriano.

En Illici, A. Ibarra excavó parte de una necrópolis al norte de la ciudad. La mayoría de las tumbas eran de sillares o mampostería cubiertas con ladrillos y dieron escaso ajuar. El principal monumento que se descubrió era rectangular, con acceso por medio de una escalera, y estaba construido con sillares y mampostería. En su interior aparecieron fragmentos de una lucerna de las denominadas *Firmalampen*, una copa de vidrio, una fíbula y varios objetos más, entre ellos una moneda de *Carthago Nova*, lo que nos confirma la datación plenamente romana de todo este conjunto (Ibarra, 1879).

Muy interesante es asimismo un conjunto de necrópolis de época tardía, con ajuares muy pobres, sobre el que E. Llobregat ha llamado la atención en un artículo reciente (1974, 257 ss.). Están construidas sus tumbas con losas de piedra que forman las paredes y la cubierta, aunque para és-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

ta en ocasiones pueden emplearse ladrillos planos. Han aparecido en Cocentaina, Alcoy, Pego, Sollana, y entre ellas pueden incluirse las de Elche mencionadas en el párrafo anterior. Sus ajuares (escasa cerámica y muy tardía, cuentas de pasta vítrea, agujas con cabeza cónica y cabujón), hacen suponer a Llobregat que corresponden ya a la época visigoda, aunque muestran una facies muy diferente de las características de este momento. Tardía debe ser también una tumba encontrada en 1930 en la necrópolis de Tírig, en Castellón, con materiales característicos de las necrópolis de la Meseta: bronce aquiliforme, vaina de puñal y acetre (ROSAS, 1976, 294 ss.). De los problemas que este hallazgo plantea ya se ha tratado más arriba.

2.10. Escultura

No son demasiadas las esculturas romanas conocidas en el País Valenciano. García y Bellido, en su célebre obra sobre las esculturas romanas en España (1949), sólo seleccionó once piezas, en un total de 194. E. Llobregat, en un inventario reciente (en prensa), que gentilmente ha puesto a nuestra disposición, ha llegado a inventariar un total de 48 esculturas, cifra que aún puede incrementarse con la inclusión de las piezas de Elche publicadas por Aureliano Ibarra (1879) y

de las que en los siglos XVIII y XIX describieron el Conde de Lumiares y Ceán Bermúdez. No obstante, todo ello es meramente indicativo, pues estamos seguros de que una intensa prospección bibliográfica en libros antiguos y una atenta visita a los museos locales y colecciones particulares, aumentaría considerablemente el número de piezas conocidas. Esto ha estado hasta el momento lejos de nuestras posibilidades y tomaremos por tanto como base el estudio de Llobregat, con los añadidos pertinentes. Además de los autores citados, han tratado de algunas esculturas Albertini (1927, 323 ss.), y Balil (varia).

La mayoría de las esculturas proceden de las tres grandes ciudades romanas del País Valenciano, bien sea de la propia ciudad, bien sea de las villas de su entorno que lógicamente han de incluirse en el mismo lote. Del total de 48 esculturas inventariadas por Llobregat, 10 corresponden a Valentia, 10 a Sagunto y 9 a Illici, que se incrementan en otras tantas si incluimos las publicadas por Ibarra. Otras ciudades importantes, como Denia y el Tossal figuran con cuatro cada una, y una de las pocas villas excavadas, la del Puig, con seis. A estas podemos añadir el conjunto de tres esculturas que aparecieron en el siglo XVI en Daimús. El panorama no es por tanto tan sombrío como pudiera parecer, ya que el día

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

que los yacimientos romanos del País sean excavados en extensión, el número deberá aumentar considerablemente. Pensemos que excepto la Alcudia y, en menor medida, el Tossal de Manises, las ciudades romanas no han sido nunca objeto de excavaciones sistemáticas, y que las que lo han sido han proporcionado bastantes esculturas.

Las piezas que conocemos pueden encuadrarse en las categorías de esculturas religiosas, imperiales, privadas, decorativas y funerarias. En la primera y más importante categoría, brilla con luz propia el Apolo de bronce encontrado en el mar en la playa de Pinedo (Valencia), que ha sido estudiado por Fletcher (1965), García y Bellido (1966, 171 ss.), y Balil (1975, 65 ss.). Deriva en último término del prototipo clásico del Apolo Liceo, original griego del siglo IV, aunque el modo en que se representa, sentado, posiblemente sobre una roca, trasluce más bien influencias helenísticas y permite suponer una datación en los primeros años del siglo I d. C. Es un testimonio claro del comercio de obras de arte, y se trata sin lugar a dudas de una importación. De la misma *Valentia* tenemos noticia de la existencia de una estatua de Hércules descrita por Del Olmo (1653) y posteriormente perdida, y de una cabeza masculina correspondiente a una divinidad que tradicionalmente se viene identificando con Esculapio, pero

que podría corresponder también a un Zeus o Neptuno. Del Puig de Cebolla proceden dos Attis que formaban parte de una colección expoliada durante la Guerra de la Independencia, y uno de los cuales se recuperó posteriormente del mar.

Del teatro de Sagunto proceden dos esculturas de Venus conservadas en el Museo del Prado; una corresponde al tipo de la Venus de Capua y es la denominada “Venus de Madrid”, datada por Blanco en el siglo II d. C. La otra, una “Venus de la Concha”, la fecha el mismo autor en época de Claudio (1957, 44 y 86). De Sagunto procede también una estatua de Melpómone con lira, hoy perdida, y otra Venus de pequeño tamaño que se conserva en el museo local (Balil, 1980).

De la Alcudia de Elche, una venus del tipo de la Anadyomene, de buena calidad (GARCÍA y BELLIDO, 1949).

Muy interesantes son varias esculturas halladas en Denia en el siglo XIX y hoy perdidas; una de ellas es una cabeza de Atenea con casco corintio con esfinge, pero sin Pegaso ni carrilleras, lo que la aleja de los tipos más conocidos para relacionarla con la denominada Atenea Hope, cuyo prototipo se data en el último cuarto del siglo IV a. C. (BALIL, 1978); y

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

otra, un magnífico Neptuno de bronce, muy posiblemente del siglo II d. C. Son relativamente abundantes las estatuillas de Mercurio, de las cuales hay al menos cinco: la del Museo de Burriana, que procede de Chilches (Castellón), de bronce con *pétasos*, *marsupium* y clámide sobre el hombro (MESA-DO, 1971, 169 ss.); otras del Tossal (LUMIARES, 1780), y Alcudia de Elche, ésta con Mercurio sentado sobre una piedra, con clámide y en actitud de llevarse la mano al pétasos (RAMOS, 1975); todos ellos son de clara datación altoimperial. Hay además otros dos perdidos: uno de Sagunto y otro de Guardamar.

Mención especial merece el Baco de Aldaya, que corresponde al tan extendido tipo del dios joven con largas guedejas que lleva en la mano derecha un *kantharos* cuyo vino, al caer, sirve de bebida a una pantera sentada junto a sus pies, y un tirso en la izquierda. La figura, de excelente labra, muestra su frente completamente desnudo, pero lleva una clámide que le cubre parcialmente la espalda y descansa, doblada, en sus brazos. Su aspecto plenamente clásico, que recuerda prototipos lisipeos y, en muchos aspectos, al Apolo del Bellvedere e incluso a algunos Antinoos, indica una datación en la época de los Antoninos y la convierte sin duda en una de las mejores esculturas romanas de todo el País

Valenciano (GARCÍA y BELLIDO, 1949). No hay más que compararla con el Baco similar aparecido no hace muchos años en Cabra (Córdoba) para apreciar al momento que nos encontramos ante una verdadera obra de arte. Hermas báquicas encontramos en Elche y Turís, y miembros de su cortejo en El Puig de Cebolla.

Muy pocos son los retratos imperiales y particulares que conocemos en el País Valenciano. De entre los primeros, tan sólo contamos con el retrato de un emperador del siglo I de Valencia (GARCÍA DE CÁCERES, 1975, 261 ss.), cuya identificación requiere aún un detenido estudio, el fragmento de un Calígula del tipo Fassanerie recientemente valorado por Hertel (1982, 260 ss.), una cabeza de Borriol (Castellón), que Fuchs (1975) ha identificado con un retrato de Adriano y parte de una estatua *thoracata* de Sagunto que posiblemente correspondió a una figura imperial (ACUÑA, 1975, 219 ss.). De un Antonino de Castellón no existe certeza de que proceda del País Valenciano. Retrato femenino sólo conocemos el de una de las Agripinas, con su característico peinado de ricitos y *capite velata*, de Denia, que debía conservarse en el Museo de Bellas Artes de Valencia, aunque algunos autores la dan como desaparecida.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Entre los retratos particulares, destaca especialmente el busto de Alboraya, datado en época antonina por casi todos los especialistas (GARCÍA y BELLIDO, 1949), aunque muy recientemente M. P. León, gran conocedora de los retratos romanos hispanos, ha expresado su sospecha de que se trate de una falsificación del siglo XIX, muy relacionada con los retratos románticos de Lord Byron. En tanto no explicita su tesis, que sólo conocemos por expresión oral, dicha escultura debe ser sometida, al menos, a una saludable cuarentena científica. Del Tossal de Manises procede una pequeña cabeza con los rasgos faciales muy acusados, que aún permanece inédita. Aunque desconocemos el contexto en que apareció, parece claro que es consecuencia del resultado de la adopción de la idea del retrato republicano en un ambiente ibérico, si es que no se trata de una obra romana de tipo provincial, en la línea de lo indicado por Zanker (1976, 581 ss.), en torno a la recepción y asimilación del retrato romano entre los pueblos indígenas.

Son muy numerosas las esculturas de togados, aunque a la mayor parte les falta la cabeza, lo que dificulta considerablemente su datación; entre ellos hay que destacar varios de Sagunto y la célebre “Palletera” de Valencia, esta última con varios *volumina* a sus pies y uno en sus manos; por el ple-

gado de los paños de la toga y la disposición del *sinus* parece más tardía que aquéllos, tal vez de época severiana, aunque no existe seguridad de que haya aparecido en Valencia. Restos de otros togados los conocemos en Denia, Elche, Benifairó y otros lugares. A una “preciosa matrona romana” se refiere el Conde de Lumiares (1780) como encontrada en el Tossal. Tres bustos de mármol (varón con casco, matrona y joven de cabellos trenzados) aparecieron en 1506 en Daimús; una cabeza en altorrelieve de mármol en Liria (Martín, 1969, 151 ss.), una figura femenina en Ribarroja (FLETCHER, 1977, 150), y otras más. En Sagunto y sus proximidades son frecuentes los capiteles jónicos y compuestos con decoración figurada a los que ha dedicado recientemente Balil algunos trabajos (1977, 1979).

Entre las esculturas meramente decorativas podemos contar los erotes dormidos procedentes de la villa de Algorós, en Elche (GARCÍA y BELLIDO, 1949).

Pocas son las esculturas o relieves a los que podamos adjudicar un carácter netamente funerario; entre ellos destaca poderosamente el sarcófago llamado de Proserpina, que debe su nombre a la historia de esta diosa que lleva esculpida, y que parece ser se recuperó del mar en las proximidades del *Portus Illicitanus*. García y Bellido, que lo estudió a fondo,

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

lo data a fines del siglo II y lo considera una pieza excepcional, con lo que coincidimos plenamente (1949). Hay noticias, asimismo, de parte de un sarcófago en Elche, con restos de cuatro personajes, tal vez filósofos (GARCÍA y BELLIDO, 1949), y recientemente C. Navarro nos ha mostrado un par de fragmentos con partes de togados que proceden del castillo de Petrel.

Del mayor interés es asimismo un fragmento de relieve procedente de la localidad castellonense de Cuevas de Vinromá, que tiene en estudio E. Llobregat. Se trata de parte de un sillar que debió constituir el remate en forma de tímpano de un cipo o edícula funeraria; muestra en su centro una guirnalda en forma de corona, con dos largas *infulae* en su parte inferior, y en su centro una cabeza posiblemente bajoimperial; a su izquierda, otra figura, cubierta en este caso con un manto y con el rostro bastante perdido, que recuerda a determinadas representaciones invernales en mosaicos del siglo IV d. C. Es pieza de gran importancia, por ser única en el conjunto del País Valenciano. Según nuestras noticias, se encontró, hace unos diez años, formando parte del muro de una casa del pueblo.

Todos los monumentos hasta ahora comentados se encuadran en el arte clásico romano, pero hay otros que, conside-

rados tradicionalmente como de época romana, muestran rasgos que dejan traslucir un claro componente indígena; es el arte “popular” al que con tanto acierto se refirió en su día Bianchi Bandinelli. Se trata de relieves con figuras de *potnia theron* de Sagunto y Balones (Alicante), que por su sencillez podrían corresponder a cualquier época y cuya datación es muy difícil de precisar, dada la falta de contexto arqueológico conocido. Más interesante es aún el conjunto de la Horta Major de Alcoy, que recientemente Almagro Gorbea (1982) ha reconstruido como parte de un monumento funerario ibérico. Las piedras aparecieron en una necrópolis romana, los materiales encontrados con ellas son romanos, con alguna pieza ibérica, pero en cambio las figuras —excepto la de la plañidera, algo más dudosa— son típicamente ibéricas. Las opiniones se dividen entre si se trata de parte de un monumento ibérico que fue reaprovechado en época romana (Almagro) o si por el contrario se trata de una construcción de época romana que manifiesta una fuerte continuidad de la tradición escultórica ibérica (Llobregat). Los materiales encontrados en las excavaciones realizadas en el lugar donde se encontraron las piezas parecen abogar por esta segunda hipótesis, aunque el estudio realizado por Almagro demuestra que el monumento está fuertemente enraizado con la más clásica de la escultura ibérica. En tanto no se excave

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

mejor la necrópolis donde apareció, cosa hoy ya muy difícil por haberse construido sobre ella, o aparezcan otras piezas semejantes en contextos plenamente romanos, habremos de reservar nuestra opinión sobre este interesantísimo monumento.

Una vez efectuada esta rápida panorámica, hemos de concluir que no conocemos ninguna escultura que podamos datar con seguridad en época republicana, a no ser el pequeño retrato del Tossal de Manises. La inmensa mayoría corresponde a los siglos I y II d.C., y sólo algunas pueden datarse en los primeros años del siglo siguiente. De época baj imperial sólo tenemos el bajorrelieve de Cuevas de Vinromá. Este hundimiento de las artes escultóricas, se compecede bien con lo que ocurre en toda la Hispania romana, donde las esculturas de fecha tardía están en franca minoría con respecto a las de comienzos del Imperio, por una serie de factores (menor nivel económico, cambios religiosos, mayor desarrollo de otras artes, especialización de los talleres escultóricos, etc.), todavía muy mal conocidos y muy difíciles de estudiar.

2.11. Mosaico y pintura

Pocos son los mosaicos que nos han llegado, ya que tras su descubrimiento requieren una completa labor de recupera-

ción y consolidación y no es raro que vuelvan a cubrirse de tierra o que acaben siendo destruidos. En el inventario de Llobregat al que hemos hecho referencia en el apartado dedicado a la escultura, se adscriben al País Valenciano un total de 40 mosaicos, de los cuales cuatro corresponden total o parcialmente al tipo denominado *opus signinum*, 20 son bícromos y 16 polícromos. De los bícromos, 16 muestran composiciones geométricas y 4 figuradas, mientras que de los polícromos, 14 son también figurados. Este inventario es aún incompleto, y algunas de las piezas contabilizadas como diferentes pueden corresponder en realidad a un mismo mosaico. A ello hay que añadir la constatación de que la mayor parte de los mosaicos en blanco y negro son altoimperiales, y de que los polícromos corresponden en su mayoría a la época tardorromana, con lo que se confirma, una vez más, la tesis defendida tiempo ha por Becatti (1971, 15 ss.; 1976, 173 ss.), y hoy en día plenamente aceptada, con determinados matices, acerca de la evolución del mosaico romano en Roma y el Imperio.

El origen de estos mosaicos confirma lo ya expuesto para las esculturas: procedencia preferente de las grandes ciudades romanas: Sagunto, Elche, Valencia, ya sea del interior del casco urbano o de las grandes villas de su contorno. El res-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

to procede de otras ciudades y villas. Hay algunos estudios parciales sobre los mosaicos del País Valenciano, entre los que cabe destacar el que sobre los de Sagunto realizó en su día M. A. Vall (1961) y los que a los principales ejemplares ha dedicado últimamente A. Balil (*varia*). Además, desde hace algún tiempo, nosotros mismos estamos preparando el corpus de mosaicos romanos del País Valenciano.

Si agrupamos los mosaicos según el tipo a que corresponden, se aprecia que todos los mosaicos de opus *signinum* pertenecen a las grandes ciudades de vieja tradición indígena (Sagunto, Tossal, Elche, Valencia) y no aparece ninguno entre las villas altoimperiales descubiertas o prospectadas, aunque bien es cierto que no se ha excavado ninguna de ellas. En los últimos tiempos, estos mosaicos han sido objeto de la atención de varios investigadores (RAMALLO, 1980, 287 ss., y 1983 853 ss.; ELVIRA, en prensa; ABAD, en prensa), y parece claro que tienen dos focos principales: el NE (Valle del Ebro y Cataluña) y el SE (Cartagena y sus alrededores, principalmente), zonas ambas que vieron un intenso florecimiento de la cultura ibérica anterior. Los motivos de los mosaicos de *signinum* valencianos son simples: reticulado de rombos y roseta inscrita en círculo, y pueden datarse en ambos casos en el siglo I d. C., siendo algo más antiguo el primero que el segundo.

Aunque no sea propiamente un mosaico de opus *signinum*, el mosaico denominado “helenístico” de la Alcudia de Elche, que apareció en una estancia aneja a aquella donde realmente se encontró el de *signinum*, es un caso de gran interés (RAMOS FOLQUÉS, 1975, 69 ss.). Consta de un roseón central rodeado por una banda con decoración vegetal en uno de sus lados, en tanto otro mostraba un ajedrezado y los dos restantes la leyenda *acos / Isaicos / elsadinicor / Iscrad*, todo ello enmarcado a su vez por una banda de postas, interrumpida para dejar paso a unas hojas de hiedra en uno de sus lados, y por una segunda banda con una muralla torreada de un tipo arquitectónico ya plenamente romano. Es peculiar el empleo de teselas de piedra, de cerámica y de guijarros, lo que nos está indicando la pervivencia de una tradición anterior –que en España sólo conocemos hasta el momento en Cástulo, pero que sin duda debió estar más extendida– de mosaicos de guijarros, al modo griego, y quizás una relación con los centros orientales helenísticos. Los nombres, estudiados recientemente por J. Siles (1978), son evidentemente indígenas, pero están ya escritos en alfabeto latino, lo que es una prueba más de la latinización, en este caso lingüística, de las poblaciones ibéricas levantinas. Su composición y temas recuerdan bastante un mosaico del

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

santuario de Hércules Curinus, en Italia, datado en la primera mitad del siglo I a. C. (WONTERGHEM, 1976, 154 ss.).

Los mosaicos en blanco y negro han sido objeto de publicaciones parciales, como la de Navarro, Gusi y Olaria sobre los de la villa del Puig de Benicató (1977, 155 ss.), la de M.A. Vall sobre los de Sagunto, ya citada, y las de Balil sobre los del Puig de Cebolla (1970) y de Calpe (1970). Se utilizan en ellos las dos técnicas características de los mosaicos romanos de este tipo: fondo blanco con dibujos negros y dibujos blancos sobre fondo negro, este último menos corriente y algo más moderno. Presentan los motivos clásicos con mayor o menor grado de complejidad, cuya descripción y estudio nos llevaría muy lejos; quede ello para el trabajo de conjunto que tenemos en preparación. Es necesario resaltar, sin embargo, que son relativamente numerosos los mosaicos bícromos con decoración figurada, entre los que se cuentan el de los erotes vendimiadores de Calpe (Cavanilles, 1797, II, 231), otro de la misma procedencia con *kantharos* y aves, el de los hipocampos de la Alcudia (RAMOS, 1975) y un pequeño fragmento con decoración floral de Villajoyosa, datados todos ellos en el siglo II d. C., excepto el último que es, al parecer, más tardío, dado el contexto en que aparece.

Menos numerosos son los mosaicos polícromos, pero entre ellos se cuentan piezas que son de obligada reproducción en cualquier manual de Historia del Arte Antiguo o de Arqueología romana. El de los trabajos de Hércules de Liria ha sido objeto recientemente de un estudio de Balil (1978, 265 ss.), que lo data en época severiana, viendo en él claras influencias itálicas. El mismo autor ha datado el de las Musas de Moncada, muy restaurado tras los daños sufridos en el tiempo que estuvo al aire libre (1980b), en el primer tercio del siglo III. No menos interesantes son otros mosaicos también de Sagunto como el del Castigo de Dirce, quizás de la misma época, y el de Baco que cabalga una pantera, para cuya contemplación se construyó en pleno siglo XVIII una caseta, lo que no evitó su paulatina desaparición; es un clásico representante del *Tigerreiter* báquico, del que tenemos varios ejemplares en la Península Ibérica (BLANCO, 1952, 291 ss.). Balil lo ha datado recientemente en la segunda mitad del siglo II, D. C.

Especial importancia tiene un conjunto de mosaicos que procede de las proximidades de Elche, concretamente de la partida de Algorós, donde debió existir una lujosa villa. Ibarra (1879) describe con el estilo propio de la época las excavaciones y los mosaicos encontrados, ilustrándolos con mag-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

níficos dibujos. El más conocido es el de Galatea, que ocupa uno de los cuadros figurados de un mosaico geométrico, junto con representación de estaciones, temas báquicos, etc. En su mayor parte, estos mosaicos parecen polícromos, aunque en ocasiones el autor no describe el color de las teselas. Entre todos ellos destacan tres fragmentos que Ibarra denomina “pensiles” o transportables (1879, 189 ss.), aunque no indica en qué fundamenta su afirmación, y cree que adornaban las paredes de las habitaciones en que se encontraron, pues sus restos aparecen sobre otros mosaicos de pavimento y revueltos entre fragmentos de enlucidos pintados, placas de mármol, esculturas, etc. Si la suposición de Ibarra fuera correcta, nos encontraríamos ante unos de los pocos mosaicos parietales conservados en la Península Ibérica, aunque no podemos estar completamente seguros de ello. Uno de estos mosaicos representa un centauro, otro a Apolo y un tercero, de teselas algo mayores –las de los dos primeros son pequeñísimas– a una figura femenina. Las dos últimas llevan aura en torno a su cabeza, al igual que la Galatea antes citada.

Es interesante constatar que, en muchos de los mosaicos que hemos considerado polícromos, la policromía se reduce en realidad a los cuadros con los motivos figurados, en tan-

to el resto del mosaico sigue siendo bícromo. Ello nos indica que corresponden a un momento en el que la policromía aún no se ha impuesto totalmente, lo que en Italia y en otros lugares, como Andalucía, tiene lugar a lo largo de la segunda mitad del siglo II y comienzos del III d. C. (BLANCO y LUZÓN, 1974; BECATTI, 1976, 173 ss.). La datación que para muchos de estos mosaicos propone su investigador más reciente, A. Balil –siglo II muy avanzado o época severiana– nos está indicando que la decoración musiva en blanco y negro gozó de gran arraigo en esta zona, ya que en otros lugares casi había desaparecido en este momento. Es interesante destacar que, al igual que ocurre con la escultura, la inmensa mayoría de los mosaicos corresponden a la época altoimperial anterior a la crisis del siglo III.

Menos es aún lo que sabemos de la pintura. Su carácter sumamente deleznable y lo difícil de su conservación hacen que los materiales estudiables sean sumamente escasos. En un estudio reciente (Abad, 1983) hemos recogido todos los publicados con anterioridad, y nos encontramos ahora realizando el inventario de los inéditos. Entre los ya conocidos, los más interesantes son los de la Alcudia de Elche, que conservan algunas figuras humanas (entre ellas una Victoria), parte de un techo de casetones y de una decoración parie-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

tal a base de círculos tangentes en relación sin fin, todo ello muy restaurado. Entre los segundos, algunos fragmentos con aves del Tossal, otros con decoración floral de Sagunto y unos pequeños trozos con decoración de figuras humanas y animales de Valencia, procedentes de las últimas excavaciones del SIAM y cuyo conocimiento debemos a la amabilidad de A. Ribera. En esta y otras excavaciones de yacimientos romanos (Sagunto, Santa Pola) se están aplicando por primera vez las nuevas técnicas de recuperación de pinturas murales, por lo que dentro de unos años podremos disponer de una interesante colección.

2.12. Actividades industriales

Es aún muy poco lo que conocemos acerca de las actividades industriales de época romana en el País Valenciano. Las instalaciones mejor conocidas son, dentro de lo que cabe, las fábricas de salazón y los hornos cerámicos. Las primeras fueron recogidas por M. Ponsich y M. Tarradell en su célebre libro (1965) y, con posterioridad, es muy poco lo que puede añadirse: las excavaciones llevadas a cabo en Jávea y el descubrimiento de alguna nueva instalación, como la que el Grupo Arqueológico de Rojales ha realizado en las proximidades de Torrevieja.

La factoría de salazón más conocida ha sido, durante mucho tiempo, la de Calpe, parcialmente excavada por Cavanilles en el siglo XVIII, junto con parte de la villa de que dependía (1978, II, 226 ss.). Constaba de un gran depósito excavado en la roca y subdividido en otros seis menores por muretes dejados en la propia roca, comunicados entre sí y los dos primeros con el mar. Parece tratarse de una instalación para vivero de peces, sin relación con las estancias excavadas en sus proximidades, que corresponden más bien a parte de la villa residencial, con un depósito de agua. Semejante es lo que queda de la instalación de la Isleta de Campello: depósitos excavados en la roca y comunicados con el mar.

Tras las excavaciones llevadas a cabo por G. Martín y M. D. Serrés, la factoría mejor conocida es, sin duda, la de Jávea (1970); está compuesta por numerosos depósitos, unos excavados en la roca y otros, al parecer más tardíos, contruidos y revestidos con el característico mortero rojizo que suele recibir el nombre de *signinum*, en abierta contradicción con el tipo de mosaico denominado *opus signinum*. Unos compartimentos son estancos y otros se comunican entre sí y con el mar, aunque al no haberse completado la excavación es imposible reconstruir el esquema de la fábrica y su funcionamiento. Parece que su momento inicial se data en

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

torno al año 50 a.C., aunque su apogeo debió producirse en los siglos I y II d. C. A fines de éste se produjo una destrucción que rellenó con restos arquitectónicos y de todo tipo muchos de los depósitos. Tras ello comienza una nueva fase de mucha menos brillantez que acaba, al parecer, con la crisis del siglo III. Estas instalaciones industriales, al igual que las que hemos descrito con anterioridad, debieron estar relacionadas con la pesca del atún y su aprovechamiento en salazones y conservas, aunque interesa destacar el hecho, constatado por G. Martín, de que entre sus restos no aparecieron las ánforas características del comercio del garum; quizás éste se envasaba en otro tipo de recipientes, o los productos que se elaboraban en esta factoría eran de otra clase.

Pocas noticias tenemos sobre otras actividades industriales que, sin duda, debieron experimentar cierto florecimiento. Así, la del mármol, cuyas canteras siguen aún hoy en explotación, y a la que quizás no fuera ajeno el auge de villas y centros romanos en el valle del Vinalopó, Desgraciadamente, el único trabajo dedicado a la explotación y comercio del mármol antiguo en la Península Ibérica (CANTO, 1978, 165 ss.), no se ocupa del País Valenciano. Es más, en tanto no se realicen estudios petrográficos y cristalográficos de mármoles

y esculturas será muy difícil precisar el grado de desarrollo y producción de cada una de ellas.

Otro tanto puede deducirse de las actividades industriales de zonas próximas conocidas por las fuentes, como el trabajo del esparto del llamado “Campus Spartarius” y la fundición de mineral en Cartagena y su entorno, que no sabemos hasta qué punto pudieron afectar a las zonas limítrofes de la actual provincia de Alicante. Se habla de una serie de lingotes de plomo aparecidos en Orihuela (DOMERGUE, 1965, 9 ss.), de la forma semicilíndrica típicamente cartagenera de fines de la República y de comienzos del Imperio, con la leyenda m. p. roscieis. m. f maic, aunque parece lógico suponer que se trate de un cargamento procedente de Cartagena.

La otra gran actividad industrial del País Valenciano de que tenemos testimonios arqueológicos es la fabricación de cerámica. Aquí debieron producirse cerámicas finas, comunes y ánforas. El taller de Oliva excavado por Sellés y Aranegui (1977) –aunque la excavación afectó sólo a un vertedero–, proporcionó un gran número de ánforas de los tipos Dressel 2-4 y Dressel 25, datados en el siglo I d. C., y de producción indudablemente local. Es más, algunas ánforas llevan la marca F en el pie que parece característica de este alfar

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

(Aranegui, 1977, 1981), 529 ss. El tipo 2-4 corresponde a un ánfora de producción itálica que deriva, en último término, de modelos griegos, pero que muy pronto fue adaptada y modificada en alfares del litoral tarraconense, como han demostrado los trabajos citados de Aranegui y los de Tchernia (1971, 38 SS.). Es uno de los tipos anfóricos más corrientes en el País Valenciano, y como tal lo encontramos, además de en los yacimientos ya conocidos (BELTRÁN, 1970), en Villajoyosa, Benidorm y Santa Pola.

El horno de Olocau (FLETCHER y ALCÁCER, 1961, 115 ss.), es de planta rectangular, con dos hogares y muro central, pero no pudo descubrirse qué tipo de cerámica produjo. En su interior sólo aparecieron pequeños fragmentos de terra sigillata y cerámica común que únicamente permiten datar su abandono a comienzos del siglo II d. C.

Tenemos atestiguados otros muchos tipos de ánforas en el País Valenciano, aunque no podamos tener seguridad de su fabricación local. Así, las Dressel I en sus diversas variantes –sobre todo A y C–, Pascual I, Dressel 7-11 y Dressel 28-30, de las cuales tenemos localizado un pecio en las proximidades de La Mata (Alicante). Hay, en cambio, pocas ánforas del tipo Dressel 20, lo que nos demuestra que el comercio del aceite tenía poca importancia. Siendo este producto de pri-

mera necesidad en la cultura romana, extraña el que sean tan escasas las ánforas olearias, pero ello se debe sin duda a que el país producía el aceite necesario para su propio consumo, cuya comercialización no requería ánforas, que eran en cambio consustanciales al comercio de importación y exportación en grandes cantidades, sobre todo por vía marítima.

Muy interesante es el relleno con ánforas de desecho que C. Aranegui ha encontrado en el Grau Vell de Sagunto (1978, 307 ss.), compuesto por ánforas de los tipos Dressel I, Pascual I, Dressel 2-4, Dressel 7-11 y quizás por algún ejemplar de Dressel-20. Esto demuestra que, desde antes del Imperio, Sagunto consume vino y garum –pero no aceite– en envases típicamente romanos. Recientemente, A. Fernández izquierdo y el grupo de arqueología submarina de Castellón, han realizado interesantes trabajos en la costa de esta provincia, descubriendo varios pecios y poniendo en valor un número considerable de ánforas de colecciones particulares. Como conclusiones más interesantes de sus trabajos (1980, 135 ss.; 1982, 113 ss.), hemos de destacar, para la época republicana, la presencia de numerosas ánforas grecoitalicas, la asociación de formas Dr. 1A, 1C y Lamb. 2, y la escasa presencia de Dr. 1B; para época imperial, la abundancia de

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Dr. 2-4, de procedencia sobre todo tarraconense, de Pascual I, Haltern 70 y Dr. 30, de procedencia gala. Por la costa se encuentran también ánforas Dr. 7-11 de salazones y alguna Dr. 20. Es interesante la existencia de una estampilla NSSDNE en un ánfora Pascual I de indudable origen tarraconense, porque si es cierto el desarrollo que de ella hace Callender (1965) (c. mus. sidi. nep) se trataría del mismo personaje que estampilla ánforas Dr. 28, Dr. 7-10 y Dr. 2-4 encontradas en Haltern y Ostia, lo que nos ilustraría sobre el origen tarraconense de alguna de estas ánforas. Y no menos interés reviste el hecho de que las pocas Dr. 20 recuperadas tengan sellos de indudable origen bético (MARINER, 1954, 225 ss.).

Menos información tenemos aún sobre las cerámicas finas del País. La cerámica de la mayoría de los yacimientos, aun de aquellos que han sido excavados correctamente, permanece sin publicar, y falta, lógicamente, un estudio de conjunto de los diversos tipos. No obstante, y a la vista de lo que nos ofrecen museos y colecciones, podemos indicar que las cerámicas republicanas –los distintos tipos de campanienses– son bastante abundantes, tanto en los poblados ibéricos, que no llegan a romanizarse, como en aquellos otros que perviven en época romana, y también en muchas insta-

laciones agrícolas altoimperiales, donde conviven con cerámicas ya más avanzadas. Abunda considerablemente la terra sigillata aretina (TSA), sobre todo en la zona costera y en los valles de los ríos, y son numerosos los establecimientos agrícolas en los que constituye un elevado porcentaje. También contamos con abundante terra sigillata sudgálica (TSSG) e hispánica (TSH) y una nutrida presencia de claras, sobre todo A (TSCA), en cuya abundancia quizás haya que ver uno de los motivos del rápido hundimiento de las TSSG y TSH. También existen claras B (TSCB), lucente (TSCL) y C (TSCC), esta última en algunas ocasiones con decoración de relieves aplicados. La clara D (TSCD) aparece en yacimientos preferentemente urbanos y en ocasiones (Benalúa, Elche, Monastil) alcanza calidades extraordinarias, perdiendo largamente en sus diferentes versiones. Todo ello nos abre un extraordinario mundo de problemas, relaciones e influencias, que aún está por descubrir.

La cerámica de barniz negro y la TSA son las cerámicas de la romanización, con un origen principalmente itálico, aunque sobre todo para la primera está ya demostrado que debieron jugar también un papel de primer orden las producciones locales. De las imitaciones de la segunda estamos bastante peor informados, aunque el reciente descubrimien-

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

to en Ampurias de una imitación local de TSA es un indicio de que con casi absoluta certeza, también ha las hubo (SANMARTÍ, 1975, 251 ss.). A este hecho parece apuntar también la observación de algunos autores (ROCA, 1976) de que las primeras producciones hispanas de TSH guardan estrechas relaciones con la TSA.

Las cerámicas claras A, C y D se suelen considerar de origen africano, en tanto la B y L serían mediterráneas (MARTÍN, 1978, 293 ss.). Es posible que tanto unas como otras hayan sido objeto, en algún momento, de imitaciones locales, pero esto es algo que en tanto no tengamos estudios monográficos de la cerámica de los principales yacimientos valencianos, y análisis mineralógicos y fisicoquímicos de las arcillas cerámicas y de las pastas de las propias cerámicas, será muy difícil de precisar. Es ésta una línea de investigación que ya se ha comenzado a desarrollar en la Universidad de Alicante (G. PRATS y PINA, 1983, 115 ss.; GÓMEZ SIURANA, 1983).

Pocos son los trabajos que en los últimos años se han dedicado al estudio de las cerámicas romanas en el País Valenciano. Mezquíriz (1961) incluyó algunos hallazgos de Castelnuovo, Olocau, Liria, Sagunto, Valencia y Alicante, haciendo ver la escasa proporción que existía entre los tipos

hispanicos y los importados, en beneficio de estos últimos; es una afirmación que sigue siendo válida en algunos lugares y ha de ser matizada en otros. Con posterioridad, los trabajos de G. Martín marcaron una clara línea de investigación, aunque tras una serie de trabajos de índole general (1968, 107 ss.; 1969b, 151 ss.; 1978, 293 ss.), no llegó a abordar en concreto el País Valenciano, huérfano de estudios cerámicos específicos. Cabe destacar, solamente, algunos trabajos concretos, como el de Granados (1977, 395 ss., 1979, 203 ss.), sobre la cerámica corintia con temas de Hércules, o referencias aisladas a algunas cerámicas claras (CABALLERO, 1974, 193 ss.; Idem y BALMASEDA, 1982, 391 ss.). Especial interés revisten en este aspecto los trabajos de A. Ribera sobre las marcas de TS de *Valentia* (1980, 209 ss.), único modo de conocer con exactitud la procedencia de las piezas, y sobre la cerámica de esta ciudad en general (1983). De ellos se deduce que en esta ciudad existe una cierta escasez de productos aretinos y una considerable abundancia de TSSG, TSH y, sobre todo, TSCA. También revestirá gran importancia el trabajo que sobre las TSC está llevando a cabo P. Reynolds en el valle del Vinalopó.

El estudio de otros materiales romanos, como cerámicas comunes (SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, 1983, 285 ss.), vidrios

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

(SÁNCHEZ DE PRADO, 1983), lucernas, bronce, huesos, etc., es algo que apenas está en sus comienzos.

3. Conclusiones y perspectivas

Como resumen de todo lo anteriormente expuesto, podemos concluir que el proceso de la romanización no fue en tierras valencianas esencialmente distinto al de otros lugares. La temprana relación entre Roma y los iberos –edetanos y contestanos– cristalizaron pronto en una aceptación mutua que permitió a unas pocas ciudades de derecho romano y latino, en su inmensa mayoría municipios, ejercer una poderosa influencia sobre las demás y proceder a la colonización de los campos, empleando para ello tanto colonos latinos como indígenas, que debieron constituir, con mucho, la principal mano de obra. Este proceso trajo consigo el abandono paulatino de algunos poblados ibéricos, en los que ya existían materiales romanos republicanos, y consecuentemente el desarrollo de algunos núcleos urbanos y de hábitats rurales y costeros con intensa actividad agrícola o industrial. En este caso, los materiales producidos son ya los típicos de la romanidad. Este proceso llega a su culminación durante el Alto Imperio, verdadera edad de oro de las manifestaciones artísticas romanas en el País Valenciano. Durante el siglo III se

produce una crisis aún muy mal conocida, que tradicionalmente se ha venido achacando a las invasiones bárbaras, pero que más posiblemente se debe a factores internos, en relación con la crisis general que afecta a todo el mundo romano por estas fechas. No todas las ciudades ni todos los yacimientos se ven afectados de igual modo; hay algunos que se abandonan, como el Tossal de Manises, pero otros no parecen seriamente afectados: Valencia, Grau Vell de Sagunto, etc. Es más, algunos parecen haber sentido la crisis bastante antes que otros. Debió tratarse, pues, de algo general, que duró bastante tiempo y que afectó de manera desigual a las distintas ciudades y territorios. De todas formas, a partir de estas fechas se produce un fuerte retroceso cultural que se manifiesta en una drástica disminución de la cantidad y calidad de obras de arte, en una reocupación de cuevas y lugares altos y en un reforzamiento del papel de las ciudades, en muchas de las cuales no parece producirse reducción de perímetro urbano, en contra de lo que se ha venido indicando frecuentemente. No existen tampoco pruebas fehacientes de la emigración de las clases dirigentes urbanas hacia el campo, pues hasta el momento no han aparecido las características villas bajoimperiales de otros lugares. La cristianización de esta sociedad y su existencia en época visigoda caen ya fuera de los límites de esta ponencia.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

Parece claro que el mayor desarrollo se dio en la zona costera y en los valles de los ríos, donde las grandes ciudades actuaron como centro de difusión cultural, hasta tal punto que allí donde faltaron, el nivel de hallazgos romanos es bastante menor que en los lugares donde sí las hubo. No conocemos todavía bien el desarrollo de la cultura indígena bajo el dominio romano, aunque parece que determinadas costumbres, e incluso la lengua, sobre todo en ambientes rurales, tardaron mucho en perderse.

A lo largo de las páginas anteriores, ha quedado claro que la arqueología romana del País Valenciano se encuentra en un nivel muy bajo en relación con otros períodos culturales y bastante por debajo del nivel medio –ya de por sí muy poco elevado– de la arqueología romana en la Península Ibérica. Faltan publicaciones de excavaciones ya realizadas, faltan catálogos de materiales de museos y colecciones particulares, faltan publicaciones adecuadas de los principales monumentos –con alguna notable excepción– y de todos y cada uno de los aspectos de la cultura material romana. En tanto esto no se realice, difícilmente se podrán abordar aspectos formales e históricos en torno al proceso de romanización, ya que todos ellos han de constituir los pilares donde asentarlos. Complemento indispensable ha de ser el es-

tudio de la epigrafía y la numismática, ya algo mejor conocidas, y de la última etapa de la cultura ibérica.

La romanización del País Valenciano, a juzgar por los restos materiales, no fue tan escasa ni tan superficial como se ha querido ver. Contamos con un teatro, un circo, arcos honorarios, acueductos, murallas, esculturas, pinturas y mosaicos de primer orden, en la más pura línea de lo romano, y con un amplio conjunto de materiales de menor espectacularidad, pero que habrán de ser los que, en definitiva, nos descubran el camino de la historia. Para lo poco que se ha excavado con rigor, los restos materiales son numerosos, y sólo están esperando a quienes los valoren como se merecen.

Las grandes ciudades romanas deben ser objeto de una atención especial, remediando en lo posible los desmanes cometidos y, sobre todo, evitando que puedan producirse otros nuevos. Debe extenderse a todas las ciudades con restos en su subsuelo la obligación de proceder a excavar –o al menos a realizar catas– en cualquier solar urbanizable antes de que se comience a construir. Medios técnicos y humanos no faltarán si se saben aprovechar. Sólo así podremos alguna vez presentar respuestas fundamentales a problemas ante los que ahora sólo podemos confesar nuestra ignorancia: ¿cuál fue la extensión de las primeras ciudades? ¿Cómo se

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

produce el tránsito de la ciudad romana a la medieval? Debe hacerse asimismo todo lo posible por interesar a las autoridades competentes en el tema de la conservación y preservación de los monumentos.

En el terreno agrícola, se está produciendo una intensa destrucción de villas y establecimientos romanos, al emplearse cada vez con más frecuencia maquinaria pesada y al proceder al desmonte y abancalamiento de tierras hasta ahora no cultivadas, sobre todo en las zonas beneficiadas por el trasvase Tajo-Segura. Las villas romanas, verdaderas cenicientas de la arqueología romana valenciana, corren el riesgo de desaparecer para siempre. Por ello urge la realización de un catálogo de villas y monumentos protegibles que facilite su conservación, recurriendo incluso a la expropiación de los terrenos siempre y cuando se demuestre científicamente que el yacimiento es de interés.

Aunque entre en el campo de la utopía, no estaría de más que, al igual que las ordenanzas urbanas obligan a solicitar un permiso municipal para la reforma de cualquier inmueble, en el ámbito rural se exigiera la solicitud de permiso para cualquier movimiento de tierras –agrícola o industrial– de grandes dimensiones, que debería realizarse bajo la directa vigilancia de un técnico. Ello nos obligaría a proponer la cre-

ación de un cuerpo de vigilantes arqueológicos que, hoy por hoy, sí entra de lleno en el terreno de la utopía. Pero no es tan utópico que al menos determinados organismos oficiales dieran ejemplo (Icona, Iryda, Obras Públicas) y contaran con un arqueólogo a la hora de proyectar y realizar cualquier obra. Se evitaría así el triste espectáculo de contemplar yacimientos seriamente dañados por la propia Administración.

Alicante, noviembre de 1983

Bibliografía

La bibliografía que a continuación se incluye es selectiva; recoge sólo aquellos títulos citados en el texto, sin pretensión de abarcar todas las publicaciones existentes.

ABAD CASAL, L. 1982: *Pintura romana en España*. Sevilla.

- 1984: “La Romanización”. *Alcoy, Prehistoria y Antigüedad*. Alcoy.
- 1984b: *Los orígenes de la ciudad de Alicante*. Alicante.
- 1985: “Cultura material y artística en época romana”. *Historia de Alicante*. Murcia.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

- En prensa: “La cultura material de Hispania en época republicana”. *Historia General de España y América*.

ACUÑA, P. 1975: “Un fragmento de escultura thoracata de Sagunto”. *APL*.

ALBERTINI, E. 1923: *Sculptures antiques du conventus cartaginiensis, AIEC, IV*.

ALFOELDY, G. 1977: *Res Publica Leserensis*.

ALMAGRO GORBEA, A. 1979: “Estudio fotogramétrico del teatro de Sagunto”, *PLAV*, 14.

ALMAGRO GORBEA, M. 1980: “El monumento romano con friso dórico de Sagunto”. *PLAV*, 15.

- 1981: “Plañideras en la iconografía ibérica”. *Homenaje a Sáenz de Buruaga*. Madrid, 1981.

ALCINA FRANCH, J. 1950: “Las ruinas romanas de Almenara”. *BSCC*, VIII.

ANDREU VALLS, G. 1955: “El arco romano de Cabanes”. *BSCC*, 31.

APARICIO, J.; V. GURREA, S. CLIMENT, 1983: *Carta arqueológica de La Safor*. Gandía.

ARANEGUI, C. 1978: “Anotaciones sobre las ánforas del nivel de relleno del Grau Vell (Sagunto, Valencia). *PLA V*.

ARANEGUI, C. y BAZZANA, A. 1980: “Vestiges de structures défensives d’époque romaine tardive et d’époque musulmane au Peñón de Ifach (Calpe, prov. d’Alicante)”. *MCV*, XVI.

– 1981: “La producción de ánforas romanas en el País Valenciano: Estado de la cuestión”. *APL*, 16.

– 1982: *Excavaciones en el Grau Vell (Sagunto, Valencia)*. Valencia.

ARASA I GIL, F. 1979: “Arqueología del terme municipal de Castelló de la Plana”. *CPAC*, 6.

– 1980: “El Punt del Cid d’Almenara (La Plana Baixa, Castelló)”. *CPAC*, 7.

ARCE, J., 1983: *El último siglo de la Hispania romana*. Madrid. *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien*. Madrid, 1976.

BALIL, A. 1954: “Economía y habitantes no hispánicos del Levante español durante el Imperio Romano”. *APL*, V.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

- 1970: “Los mosaicos de la villa romana de El Puig de Cebolla”. *St. Arch.*, 6.
- 1974: “Casa y urbanismo en la España antigua”. *St. Arch.*, 4.
- 1977: “Sobre el Apolo de Pinedo (Valencia)”. *APL*, 14.
- 1976: “El monumento funerario romano de “Les Gunyoles”, *Zephyrus*, 26-27.
- 1977: “Esculturas romanas de la Península Ibérica”. *BSEAA*, 43.
- 1977b: “Esculturas romanas de la Península Ibérica, IV”. *BSEAA*, 42.
- 1978: “El mosaico de “Los trabajos de Hércules” hallado en Liria (Valencia). *APL*, 15.
- 1978b: “Mosaico de Dionysos hallado en Sagunto”. *BSEAA*, 44.
- 1978c: “Esculturas romanas de la Península Ibérica, I”. *St. Arch.*, 51.
- 1979: “Capiteles romanos figurados de Sagunto y Almenara”. *PLAV*, 14.

- 1980: “Esculturas romanas de la Península Ibérica, III”. *St. Arch.*, 60.
 - 1980b: “Estudios sobre mosaicos romanos, VII”. *St. Arch.*, 59.
- BARRUOL, G. 1976: “La résistance des substrats préromains en Gaule Méridionale”. *Assimilation et résistance...*
- BAZZANA, A. 1978: “Vestiges de centuriations romaines et d’un itinéraire pré-romain dans la Plaine de Castellón”. *APL*, 15.
- BECATTI, G. 1971: “Alcune caratteristiche del mosaico bianco-nero in Italia”, *La Mosaique greco-romaine*, París.
- 1976: “Alcune caratteristiche del mosaico policromo in Italia”. *La Mosaique gréco-romaine*. París.
- BELDA, J. 1946: “Museo Arqueológico Provincial de Alicante”. *MMA*, 7.
- 1947: “Museo Arqueológico Provincial de Alicante”. *MMA*, 8.
- BELDA, C. 1975: *El proceso de romanización en la provincia de Murcia*. Murcia.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

ROCA, M. 1976: *Sigillata hispanica producida en Andújar*. Jaén.

BELTRÁN LLORIS, F. 1980: *Epigrafía latina de Sagunto*. Valencia.

BELTRÁN LLORIS, M. 1970: *Ánforas romanas en España*. Zaragoza.

– 1982: “El teatro de Sagunto”. *Los teatros romanos en España*. Badajoz.

BENABOU, M. 1976: “Résistance et romanisation en Afrique du Nord sous le Haut Empire”. *Assimilation et résistance...*

BENDALA, M. 1981: “La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador”. *Baja Época de la Cultura Ibérica*. Madrid.

BLANCO FREIJEIRO, A. 1952: “Mosaicos antiguos de asunto báquico”. *BRAH*, 131.

– 1957: *Catálogo de esculturas del Museo del Prado*. Madrid.

BLANCO FREIJEIRO y LUZON, J.M. 1974: *El mosaico de Neptuno en Itálica*. Sevilla.

BLANCO FREIJEIRO Y CORZO SÁNCHEZ, J.R. 1977: “El urbanismo romano en la Bética”. *Symposium de Ciudades Augústeas*, I. Zaragoza.

BLÁZQUEZ, J.M. 1977: “La romanización del NO. en la Península Ibérica”. *Symp. Lugo*.

- 1981: “El sincretismo en la Hispania Romana entre las religiones indígenas, griega, romana, fenicia y mistericas”. *La religión romana en España*. Madrid.

BRU, S. 1963: *Les terres valencianes durant l'époque romana*. Valencia.

- 1963b: “Datos para el estudio del circo romano de Sagunto”. *APL*, 10.

BRUNT, P.A. 1976: “The Romanization of the Local Ruling Classes in the Roman Empire”. *Assimilation et résistance...*

BURILLO MOZOTA, F. 1980: *El valle medio del Ebro en época ibérica*. Zaragoza.

CABALLERO ZOREDA, L. 1974: “Cerámica sigillata clara de tipo D estampada en las provincias de Murcia y Almería”. *Miscelánea Ampurias*, I. Barcelona.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

CABALLERO, L. y BALMASEDA, J. 1982: “Motivos decorativos y dispersión en España de la cerámica A/C con relieve aplicado”. *Religión Romana en España*. Madrid.

CALLENDER, H. 1965: *Roman Amphorae with Index of Stamps*. Durham.

CANTO, A.M. 1977-78: “Avances sobre la explotación del mármol en la España romana”. *AEspA*, 50-51.

CAVANILLES, A.J. 1797 (1983): *Observaciones sobre el Reyno de Valencia*. Valencia.

CEÁN BERMÚDEZ, J. A. 1832: *Sumario de las Antigüedades romanas que hay en España*. Madrid.

CID PRIEGO, C. 1949: “El sepulcro de torre mediterráneo y la tipología monumental”. *Ampurias*, 11.

CHABAS LLORENS, R. 1972 (reimpr.): *Historia de la ciudad de Denia*. Alicante.

CHABRET, A. 1888: *Sagunto. Su historia y monumentos*. Barcelona.

– 1897: La necrópolis de Sagunto. *BRAH*.

DEHN, W. 1965: "Lagetypen spätkeltischer Oppida". *Thèmes de Recherche...*

DOMERGUE, Cl., 1965: "Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République". *MCV*, 1.

DOÑATE SEBASTIA, J.M. 1966: "Riegos romanos del Mijares". *APL*, 11.

– 1969: "Arqueología romana de Villarreal (Castellón)". *APL*, 12.

ELVIRA BARBA, M.A. (en prensa): "El mosaico romano de época republicana en la Hispania Citerior". *La Hispania romana en época republicana*. Madrid.

ENGUIX ALEMANY, R. y C. ARANEGUI GASCO, 1977: *El taller de ánforas romanas de Oliva (Valencia)*. Valencia.

FATAS CABEZA, G. 1980: *Contrebia Belaisca. IL Tabula Contrebiensis*. Zaragoza.

ESTEVE FORRIOL, J. 1978: *Valencia, ciudad romana*. Valencia.

ETIENNE, R. 1958 (reimpr. 1974): *Le culte impérial dans la Péninsule Iberique*. París.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

ETIENNE. R., G. FABRE, P. LE ROUX, A. TRANOY, 1976: "Les dimensions sociales de la romanisation dans la Péninsule Ibérique des origines à la fin de l'Empire". *Assimilation et résistance*.

FERNÁNDEZ CASADO, C. 1972: *Acueductos romanos en España*. Madrid.

FERNÁNDEZ CASTRO, C. 1982: *Villas romanas en España*. Madrid.

FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A. 1980: "Estudio de los restos arqueológicos submarinos en las costas de Castellón". CPAC, 7.

– 1982: "Estudio del tráfico marítimo en la costa de Castellón. A través de la arqueología submarina". *Saguntum*, 17.

FERNÁNDEZ NIETO, F.J. 1970: "Beribraces, edetanos e ilercaones (pueblos prerromanos de la actual provincia de Castellón). *Zephyrus*, 19-20.

FIGUERAS PACHECO, F. 1940: "Datos para la cronología de la cerámica ibérica". *Atlantis*, 15.

FERNÁNDEZ OCHOA, C. 1982: *Asturias en la época romana*. Madrid.

FLETCHER, D. 1954: “La cueva y el poblado de la Torre del Mal Paso (Castellnovo-Castellón)”. *APL*, 5.

– 1955: “Avance a una arqueología romana de la provincia de Castellón”. *BSCC*, 31.

– 1956: “Acueductos romanos en término de Ribarroja del Turia (Valencia)”. I *Congreso Español de Estudios Clásicos*. Madrid.

FLETCHER, D. y E. PLA, 1977: *Cincuenta años de actividades del SIP*. Valencia.

FONTAINE, J. 1973: *L'art préroman hispanique*. Yonne.

FORNI, G. 1970: “L'occupazione militare romana della Spagna nord-occidentale: analogie e paralleli”. *Legio VII Gemina*. León.

– 1977: “Dalle difficoltà di assoggettamento agli effetti della romanità. Sinossi asturo-calleca. *Symp. Lugo*.”

FUCHS, W. 1975: “Zu Porträts des Hadrian und einem Kopf in Castellón de la Plana”. *MM*, 16.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

GABBA, E. 1976: “Considerazioni politiche ed economiche sullo sviluppo urbano in Italia ne secoli IV e I a. C. *Hellenismus in Mittelitalien*. Göttingen.

GALSTERER, H. 1976: “Urbanisation und Municipalisation Italiens im 2. und 1 Jh. v.C.”. *Hellenismus in Mittelitalien*. Göttingen.

GAMER, G. 1981: “La torre de los Escipiones y otros monumentos funerarios del tipo del Mausoleo de Halicarnaso”. *BSEAA*, 47.

GARCÍA DE CÁCERES, T. 1948: “Una cabeza de mármol, presunto retrato del emperador Trajano”. *III CASE*. Cartagena.

GARCÍA y BELLIDO, A. 1949: *Esculturas romanas de España y Portugal*. Madrid.

– 1963: “Das Artemision von Sagunt”. *MM*, 4.

– 1963: “El Artemision de Sagunto”. *BRAH*,

– 1966: “Nochmals über das Artemision von Sagunt”. *MM*, 7.

– 1966: “Estatua de bronce descubierta en la playa de Pinedo (Valencia). *APL*, 11.

- 1967: “La Latinización de Hispania”. *AEspA*, 40.
 - 1972: “Die Latinisierung Spaniens”. *ANRW*, 1.
 - 1976: “El ejército romano en Hispania”. *AEspA*, 49.
- GIL MASCARELL, M. y ARANEGUI, C. 1977: “El poblamiento del Bajo Palancia en época ibérica”. *PLA V*, 12.
- GISBERT SANTONJA, J. 1982: “La villa romana de la Campina-Catorzena (Potries). Contribució al coneixement del poblament rural romà a La Safor”. *Guaita*, 1.
- 1983: “L’epoca romana”. *El Llibre de la Safor*. Gandía.
- GÓMEZ SIURANA, A. 1983: *Composició química de ceràmiques arqueològiques*, Memoria de Licenciatura inédita. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y PINA GOSÁLBEZ, J.A. 1983: “Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35)”. *Lucentum*, 2.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, J. 1922: *Excavaciones en Sagunto*. *MJSEA*, 48, 4.
- 1926: *Excavaciones en Sagunto*. *MJSEA*, 58.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

- 1933: *Excavaciones en Sagunto*. MJSEA, 124.
- GORGES, J. 1979: *Les villes hispano-romaines*. París.
- GRANADOS, O. 1977: “Estudios de cerámica romana barcelonesa: un vaso de cerámica corintia hallado en la necrópolis romana de Las Corts”. BSEAA, 43, 1977.
- 1979: “Cerámica corintio-romana en el Levante de la Península Ibérica”. PLAV, 14, 1973.
- GRANT, M. 1969: *From Imperium to Auctoritas*. Cambridge.
- GUITART DURAN, J. 1976: *Baetulo. Topografía arqueológica. Urbanismo e historia*. Barcelona.
- GUSI GENER, F. Y C. OLARIA, 1977: “La villa romana del Puig de Benicató (Nules, Castellón)”. CPAC, 4.
- IBARRA, A. 1879: (reimpr. 1979): *Illici, su situación y antigüedad*. Alicante.
- IBARRA, P. 1926: *Elche. Materiales para su historia*. Cuenca.
- JAUREGUI, J.J. y F. FIGUERAS PACHECO, 1947: “El puerto de la Albufereta” III CASE, Murcia.
- JIMÉNEZ, A. 1975: “El grupo occidental de sepulcros turri-formes hispánicos”. *Actas XIII CNA*. Zaragoza.

– 1975b: “De Vitrubio a Vignola: autoridad de la tradición”.
Habis, 6.

JONES, H. 1964: *The Later Roman Empire*. Oxford.

JORDÁ CERDA, F. 1977: “La cultura de los castros y la tardía romanización de Asturias. *Symp. Lugo*. Lugo.

JUNYENT, E. 1972: “Los materiales del poblado ibérico de Margalef, en Torregrosa (Lérida)”. *Pyrenae*, 8.

KNAPP, R. 1977: *Aspects of the Roman Experience in Iberia*. Valladolid.

LABORDE, A. DE. 1975: *Viatge pintoresc i històric. El País Valencià, i les Illes Balears, Montserrat*.

LAFUENTE VIDAL, J. 1934: *Excavaciones en la Albufereta de Alicante (antigua Lucentum)*. *MJSEA*, 126.

LLATAS BURGOS, V. 1954: “Carta arqueológica de Villar del Arzobispo y su comarca”. *APL*, 5.

– 1957: “Carta arqueológica de Villar del Arzobispo y su comarca”. *APL*, 6.

LLOBREGAT, E. 1971: *Contestania Ibérica*. Alicante.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

- 1977: “Enterramientos de época romana tardía en Cocentaina (Alicante)”. *Symp. Segovia*. Madrid.
- 1980: *Nuestra Historia*, Vol. II. Valencia.
- 1981: “Una nueva inscripción romana del Tossal de Manises y la localización del topónimo Lucentum”, *RIEA*, 33.
- 1983: “Relectura del Ravennate: dos calzadas, una mansión inexistente y otros datos de la geografía antigua del País Valenciano”. *Lucentum*, 2.

MANGAS MANJARRES, J. 1971: *Esclavos y libertos en la España Romana*. Salamanca.

MARINER, S. 1954: “Notas de epigrafía valenciana”. *APL*, 5.

MARTÍN, G. 1968: “Comercio y producción de cerámicas finas en época imperial”. *PLAV*, 5.

- 1969: “La romanización en el campo de Liria”. *PLAV*, 7.
- 1969b: “Consideraciones sobre la terra sigillata hispánica, Mauritania y la sigillata clara en Marruecos”. *PLAV*, 6.

- MARTÍN G. y M. D. SERRES, 1970; *La factoría pesquera de Punta de l'Arenal y otros restos romanos de Jávea (Alicante)*. Valencia.
- 1978: "Terra sigillata clara D estampada de Pollentia". *APL*, 15.

MARTÍNEZ PERONA, J.V. 1975: "Carta arqueológica de Pedralba y Bugarra (Valencia)". *APL*, 14.

MARINER, S. 1976: "La difusión del cristianismo como factor de latinización". *Assimilation et résistance...*

MAYANS, J.A. 1971 (reimpr., 1982): *Illici, hoy la ciudad de Elche*. Valencia.

MESADO, N. 1966: "Breves notas sobre las ruinas romanas de "Els Estanys" (Almenara)". *APL*, 11.

- 1971: "Estatua femenina y Mercurio del Museo de Burriana (Castellón)". *AEspA*, 44.

MEZQUIRIZ, M.A. 1961: *Terra sigillata hispánica*. Valencia.

MORA RODRÍGUEZ, G. 1981: "Las termas romanas en Hispania". *AEspA*, 54.

MONTESINOS, J. ms: *El compendio histórico de Orihuela*.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

MOROTE BARBERÁ, J. G. 1979: “El trazado de la Via Augusta desde Tarracone a Carthagine Spartaria. Una aproximación a su estudio”. *PLAV*, 14.

NAVARRO SÁEZ, R. 1977: “El mosaico blanco y negro de Benicató (Nules, Castellón). *CPAC*, 4.

OLIVER, A.: “Epigrafía ibérica de la provincia de Castellón”. *CPAC*, 5..

OLIVER FOIX, A. y V. PALOMAR MACIÁ, 1980: “Inscripciones ibéricas del Alto Palancia. Notas para el estudio de la latinización de Castellón”. *CPAC*, 7.

PALAU, M. 1975: *Diana desenterrada*. Alicante.

PALOL, P. de, 1964: “Cuchillo hispano-romano del siglo IV d, C. ”. *BSEEA*.

– 1967: *Arqueología cristiana de la España romana*. Madrid-Valladolid.

– 1977: “Romanos en la Meseta: el Bajo Imperio y la aristocracia agrícola”. *Symp. Segovia*. Madrid.

PASTOR MUÑOZ, M. 1981: “Reflexiones sobre la religión de los astures en época romana”. *Religión Romana en Hispania*. Madrid.

PEREIRA MENAUT, G. 1979: *Inscripciones romanas de Valencia*. Valencia.

PEREIRA MENAUT, G. y SANTOS YANGUAS, J. 1980: “Sobre la romanización del NO de la Península Ibérica: las inscripciones con mención del *origo personal*”. *Actas do II Seminario de Arqueología de NO peninsular*. Guimaraes.

PONCE, G. 1982: “Residuos de catastro romano en Sax”. *Investigaciones geográficas*, 1.

PONS, F. 1973: “El sepulcro de Bebia Quieta”. *Feria y Fiestas de Gandía*.

PREVOSTI, M. 1981: *Cronologia i poblament a l'area rural de Baetulo*. Badalona.

RAMALLO ASENSIO, S. 1979-80: “Pavimentos de opus signinum en el Conventus Carthaginensis”. *Pyrenae*, 14.

- 1982: “Algunos motivos de carácter geométrico en pavimentos de opus signinum en la Península Ibérica”. *Actas XVII CNA*. Zaragoza.

RAMÍREZ SADABA, J.L. 1981: “Las creencias religiosas: pervivencia última de las civilizaciones prerromanas en

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

la Península Ibérica”. *Religión Romana en Hispania*. Madrid.

RAMOS FOLQUES, R. 1975: “Un mosaico helenístico en la Alcudia de Elche”, *APL*, 14.

RAMOS FERNÁNDEZ, R. 1975: *La ciudad romana de Illici*. Alicante.

– 1976: “Las villas de la centuriación de Illici”. *Symposium Zaragoza*, II. Zaragoza.

RIBERA I LACOMBA, A. 1981: “Las marcas de terra sigillata de Valentia”. *PLAV*, 16.

– 1983: *La arqueología romana en la ciudad de Valencia*. (Informe preliminar). Valencia.

RIVET, A.L.F. 1977: “The Origin of Cities in Roman Britain”. *Thèmes de Recherche...*

ROLDÁN HERVÁS, J.M. 1972: “El elemento indígena en las guerras civiles en Hispania: aspectos sociales”. *HA*, 2.

– 1973: *Itineraria Hispana*. Granada.

– 1974: *Hispania y el ejército romano*. Salamanca.

ROSAS ARTOLA, M. 1976: “Peces inèdites d'un enterrament tardorromà procedentes de Tírig (Castelló) dipositades en el Museu Provincial de Belles Arts de Castelló de la Plana”. *CPAC*, 3.

– 1980: “Mobiliari metal·lic del poblat ibero-romà de Sant Josep”. *CPAC*, 7.

ROSSELLÓ I VERGER, V. 1980: “L'Emprempta romana a la ciutat de València”. *L'Espill*, 5.

ROUILLARD, P. 1979: *Excavaciones en la muralla ibérica de Sagunto (Valencia)*. Valencia.

ROUX, P. Le y A. TRANOY, 1974: “Contributions a l'etude des régions rurales du NO hispanique au haut-empire: deux inscriptions de Peñafiel”. *Actas do III Congresso Nacional de Arqueología*. Porto.

SANMARTÍ, E. 1974-75: “Nota acerca de una imitación de la sigillata aretina detectada en Emporion”. *Ampurias*, 36, 37.

SÁNCHEZ DE PRADO, M.D. 1984: *El vidrio antiguo en la provincia de Alicante*. (Memoria de Licenciatura inédita). Alicante.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M.J. 1983: “La cerámica común romana del Portus Ilicitanus (Santa Pola)”. *Lucentum*, 2.

SCHLUNK, H. 1948: “El arte de la época paleocristiana en el SE español. La Sinagoga de Elche y el martyrium de La Alberca”. III CASE. Cartagena.

SCHULTEN, A. 1928: *Forschungen und Fortschritte*.

SILES, J. 1978: “Einheimische Eigennamen auf einem hellenistischen Mosaik aus La Alcudia de Elche, Spanien”. *Beiträge zur Namenforschung*, 13.

SOLER GARCÍA, J.M. 1976: “La romanización de la comarca villenense”. *Villena. Prehistoria. Historia. Monumentos*. Alicante.

– 1982: “Historia de Villena: los romanos”. *Villena*, 8.

TARRADELL, M. y M. PONSICH, 1965: *Garum et industries antiquae de salaison dans la Méditerranée Occidentale*. París.

TARRADELL, M. 1965: *Historia del País Valenciá, I. Prehistoria i Antigüitat*. Barcelona.

– 1970: *Els Antigons-Lucentum. Una ciudad romana en el casco urbano de Alicante*. PLAV, 8.

- 1976: “Las ciudades romanas en el Este de Hispania”. Symp. Zaragoza, I.
- 1977: “Les villes romaines dans l’Hispania de l’Est”. *Thèmes de Recherche...*
- 1978: *Les ciutats romanes del Paísos Catalans*. Barcelona.
- 1980: “Les ciutats romanes del País Valenciá. Base de Factual estructura urbana”. I *Congreso de Historia del País Valenciá*. Valencia.

TCHERNIA, A. 1971: “Les amphores vinaires de Tarraconaise et leur exportation au début de l’Empire”. *AEspA*, 44.

Thèmes de Recherche sur les villes romaines d’Occident. París, 1977.

TOVAR, A. 1978: *Latín de Hispania. Aspectos léxicos de la romanización*. Madrid.

TRANOY, A. 1980: “Réligion et société á Bracara Augusta (Braga) au Haut Empire Romain”. *Actas do Seminario de Arqueologia do NO Peninsular*, III.

Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas

VALCÁRCEL DE SABOYA, A. 1790 (reimpr. 1980):
Lucentum, oy la ciudad de Alicante en el Reyno de Valencia. Valencia.

– 1852 (reimpr. 1979): *Inscripciones y Antigüedades del Reyno de Valencia*. Madrid.

VICENT I CAVALLER, J. 1979: “Excavations al santuari hispano-romà de Santa Bàrbara (La Vilarella de Nules, Plana Baixa)”. *CPAC*, 6.

VALL DE PLÁ, M. 1961: “Mosaicos romanos de Sagunto”. *APL*, 9.

WIEGELS, R. 1974: “Liv. Per. 55 und die Gründung von Valentia”. *Chiron*, 4.

– 1975: Liv. Per 55 y la fundación de Valencia”. *APL*, 14.

WONTERGHEM, F. v. 1976: “Archäologische Zeugnisse republikanischer Zeit aus dem Gebiet der Peligner”. *Hellenismus in Mittelitalien*. Göttingen.

ZANKER, P. 1976: “Zur Rezeption des hellenistischen Individualporträts in Rom und in den italischen Städten”. *Hellenismus in Mittelitalien*. Göttingen.